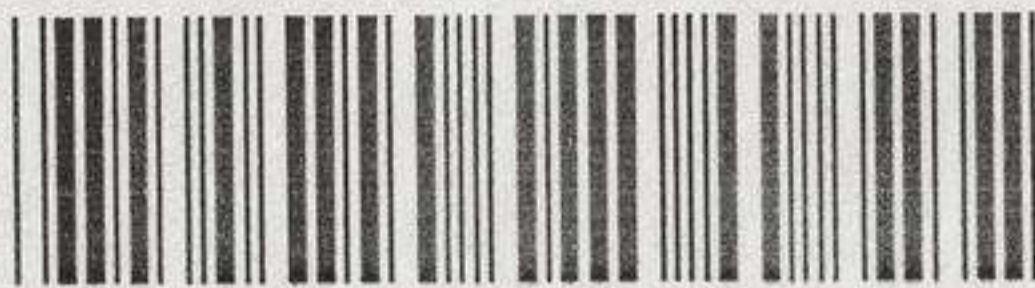


M

70

E. 0'25.

1H-6-26



1054367

SM 1070

*El Profesor encargado
Miguel Ponce*

EMANACIONES

SM
1070

DE LA ESCUELA Y DEL HOGAR.

POR

Juan Beneyan.

ES PROPIEDAD.

CIUDADELA.



Tip. de Salvador Fábregues.—Calle de Espartero.

1874.

R. 39.363

Reg. por su autor.

REPUBLICA ARGENTINA

DE LA ESCUELA Y DEL HOGAR

POR

Impresión de la Editorial



ES PROPIEDAD

CIUDAD DE BUENOS AIRES

Tipo de escritura: Manuscrito. Calle de Esmeralda.

Á MI HIJO.

Como probablemente no podré legarte una fortuna, hijo mio, quiero dejarte impreso un buen libro que como fuente purísima y simple abierta, puedas acercarte á ella sin recelo y beber la esencia del amor al bien.

Los míseros que no comprenden estas palabras calificarán de pobre herencia á ese mi humilde libro; pero sábete que la riqueza mas positiva, el capital que mas intereses rinde, lo constituyen la ciencia y la virtud.

Tu no me comprendes ahora, porque todavía con sus blancas alas te cobija la inocencia; pero mañana, cuando se disipen las nubes sonrosadas que tu razon envuelven y á los deseos pueriles que ahora sientes se sucedan las pasiones profundas que podras sentir, comprenderás, hijo mio, lo que es el mundo y lo que puede valerte ese libro.

A MI HIJO.

Como probablemente no podré seguir con este
libro, hijo mío, quiero dejarte impreso un buen libro
que como fuente purísima y simple abarca, pocas
ocurrencias de ella sin recelo y deber la esencia del
amor al bien.

Los misterios que no comprendes estas palabras co-
nforman de pobre herencia de ese mi querido hijo:
pero sébete que la riqueza más positiva, el capital
que más intereses rinde, lo constituyen la ciencia y
la virtud.

Te no me comprendes ahora, porque todavía no
has alcanzado a la copia de la herencia: pero cuando
cuando se despien las nobles sensaciones que la razón
muestran y a los deseos pueriles que ahora sienten
se suceden las pasiones profundas que podrán sentir
comprenderte, hijo mío, lo que es el mundo y lo que
puede valerte ese libro.

Á MIS DISCIPULOS.

Primeramente el acento del padre, luego la voz del maestro. Si yo me considerara un mero instructor de algunas materias científicas, á buen seguro no hablaría de vosotros en esta obrita; pero me siento revestido de títulos mas sagrados, de compromisos ineludibles que me atan fuertemente á vosotros y me obligan á hablaros con toda la ternura que experimento en el alma. Muchos padres desearían que sus hijos fueran unos pequeños sábios: se satisfacen y envanecen con que sepan al dedillo las principales reglas sobre gramática y aritmética ó en que posean conocimientos sobre geografía é historia. Estos deseos, muy legítimos, se esplican facilmente; porque no hay plaga mas mortífera que la ignorancia, ni hay bienestar posible donde no haya instruccion.

Pero esa misma instruccion, hijos míos, tan justamente preconizada, sino marcha en purísimo consorcio unida á la virtud, sería como una de esas rosas que habiendo perdido su aroma, solo conservan el seco tallo y las punzantes espinas. Antes que sa-

bios, sed virtuosos; antes que hombres instruidos, anhelad primero ser hombres de bien.

Muchos libros se han publicado semejantes al que hoy os dedico. Pero yo necesito, para consuelo de mi alma, que cuando mi voz no resuene para vosotros en el recinto de la Escuela; que cuando desaparezca el maestro y se quede el amigo, fijeis vuestros ojos en las páginas de ese libro que el amor, solo el amor me ha inspirado; y que al recojer esos pobres pensamientos míos, os acordeis del que fué un día vuestro maestro y derrameis siquiera una lágrima de gratitud á su memoria.

CAPÍTULO I.

La felicidad.

Es sabido que nadie en el mundo labra, por puro placer, su propia desventura. Todos, por sendas diversas, caminan con ansiedad creciente en busca de una felicidad que han concebido allá en su mente bajo formas distintas y caprichosas. Aquí el sábio cree hallarla escondida al través de un descubrimiento científico, y se afana y se desvela, ora desentrañando el sentido de una idea, ora concentrando su espíritu en la meditacion; acá el hombre de mundo, desdeñando la ciencia, busca su felicidad en los vanos placeres de la materia, y se aturde con sucesivas emociones que llegan á embotar su facultad de sentir; allá el ambicioso dominado por el fébril afan de ascender un punto mas de su esfera, se entrega á una serie no interrumpida de trabajos y vigiliass para conseguir el objeto

de sus deseos : todos, acosados por dominante vértigo, se afanan y pretenden, y cuando creen vislumbrar allá muy lejos, velada en transparente luz la felicidad que han concebido, reúnen sus fuerzas casi agotadas ya en la prolongada lucha, se precipitan de nuevo á la carrera, se acercan, no parece sino que van á asir aquel fantasma, cuando ¡oh fragilidad de la suerte! desaparece la luz para reflejar mas lejos, y el deseo, siempre el deseo insaciable, les acosa.

No envidieis, hijos míos, la suerte de ese mortal al parecer afortunado que al cruzar por vuestro lado os deja entrever el brillo de algunas monedas ú os dislumbra con el fausto de su persona. ¡Quién sabe si un desasosiego interior ó un recuerdo inquieto no le conceden siquiera la comodidad de dormir tranquilo!

¿Y que diremos de aquel cuyo singular talento parece que ha de proveerle con usura de todos los recursos indispensables para ser feliz, y le vemos, sin embargo confuso y abatido, porque tal vez le persigue de cerca la miseria mas espantosa?

Y vosotros que atravesais el período mas risueño de la vida; aquella edad que el hombre encanecido recuerda todavía con mezcla de sentimiento y alegría, decidme: os creéis verdaderamente felices?

¿No sentís el deseo de ser hombres para usar de vuestra libertad libremente, cuando vuestros padres se oponen á vuestros caprichosos empeños? ¿No consideráis el recinto de la escuela como una prisión enojosa, y los libros de texto como manjares empalagosos y sin sustancia?

Ah! comprended que la verdadera felicidad no se goza en ninguna de las edades de la vida ni es tampoco inherente á ninguna posición del hombre. Pero como existen en el mundo diversos grados de dicha, bueno es que conozcaís la senda que conduce al grado supremo, por decirlo así, de la dicha que cabe sobre la tierra.

¿Quereis ser dichosos? Alejaos, siempre que el deber no os obligue, de esos continuos hervideros que se desarrollan á la sombra de las pasiones; pero no vayais á la sombría soledad de los bosques, ni á las estériles llanuras de los desiertos, porque aquellas son mansiones de los brutos y de las fieras. La familia, he ahí el arca de salvacion que flota por encima de las aguas de tanto y tan espantoso diluvio; he ahí la mansion apacible y serena que parece les ha robado algo á los cielos. Allí, concentrando vuestros afectos, sin ser por ello menos humanitarios, sentireis goces menos ficticios que los producidos por los mercenarios halagos de la vo-

luntad ajena ; allí , inspirándoos en el trabajo que honra y en el amor que vivifica , experimentareis aquellos inefables sentimientos, aquella dulce tranquilidad que ni con dinero puede comprarse ni con toda su ciencia el sábio puede adquirirla. De allí no os arrojará la estúpida chocarrería de los necios , ni en vosotros podrá cebarse la mordaz maledicencia del vulgo; porque abroquelados con el antemural de vuestros deberes, os sentireis fuertes y animosos para continuar vuestra peregrinación sobre la tierra.

CAPÍTULO II.

Dios.

¡Dios! ved aquí una palabra que todo lo llena con su inmensidad, y dó quiera volvais los ojos, allí descubrireis hondas señales de su omnipotencia.

— El mundo que nosotros habitamos , como tran-

sitoria morada, y cuya vasta estension nadie ha logrado medir todavía, es un punto imperceptible que se pierde en lo inmenso del espacio, entre la infinita muchedumbre de globos que van girando magestuosamente, desde el principio de los tiempos, sin que el mas leve desconcierto se haya introducido en sus portentosos movimientos.

Porque esa atmósfera azulada y transparente en donde la tempestad se nutre, el rayo estalla y de la cual se precipita pavoroso el trueno y cae á torrentes la lluvia sobre la tierra; esa atmósfera que hiela y abrasa sucesivamente, hijos míos, es tan solo el principio de otro espacio que sobre ella se levanta, sin término que lo cierre; espacio infinito que corta el vuelo á la imaginacion de hombre, porque es incomprendible como la eternidad.

Pero no es necesario elevarse á tan supremas regiones para encontrar al sublime creador del Universo: descended, hijos míos, á la Tierra; contemplad á los seres que la pueblan, desde el monstruoso elefante que hace estremecer el suelo que pisa, hasta el imperceptible gusanillo que se esconde en los poros de la rosa; desde la gigante palmera que desafía las iras de los vientos, hasta la humilde yerbecilla que crece en los bosques olvidada, y de cada pensamiento que os arranque la contemplación de

cada uno de estos seres, brotará un misterio en el cual se desvanecerá sin duda vuestra razón.

El soplo candente de las ciudades, el continuo hervir de las pasiones, la rápida sucesión de los acontecimientos mundanales y sobre todo el absorbente dominio de la materia, ofuscando la razón del hombre, le hacen olvidar, muchas veces, la existencia de Dios. ¡Insensatos! Abandonen, por un corto tiempo siquiera, sus moradas en las que solo aciertan á descubrir señales de la mano del hombre; salgan á respirar el puro ambiente de los campos; asómanse á la orilla de los mares para escuchar los sordos murmullos del océano, cuyo rumor unas veces apasible y durmiente, otras veces terrible y amenazador nunca se extingue; trepen á los altos montes cuando las sombras flotantes de la aurora ó del crepúsculo coronan sus inaccesibles crestas; desciendan á las verdes praderas cuando los arroyos serpentean por su superficie como anchas cintas de plata; penetren en los bosques cuando el sol, ese gigante magnífico y luciente, descende de su ancha esfera para alumbrar á otras zonas mas distantes, y ya de regreso, párense á contemplar la noche silenciosa y tranquila que se extiende sobre sus cabezas, y manifiesten despues si les parece la naturaleza como antes un laboratorio de química, y

combinaciones de la materia sus misteriosos y sublimes fenómenos.

La ignorancia, hijos míos, coloca una estensa valla entre Dios y el hombre: la investigación y la ciencia han echado por tierra las apreciaciones ridículas que se tenían formadas, por medio de las cuales ese Dios cuya grandeza debiera estasiar el espíritu humano cada vez que se remonta á las regiones del infinito, aparecía revestido de unas formas tan vulgares y groseras, tan quiméricas y absurdas que desvirtuaban por completo su esencia. La razón ha demostrado y la Iglesia, sagrado depósito de las verdades dogmáticas, ha concedido que ese Dios no habita en lugares determinados, trasladándose de un punto á otro á la manera de perseguidor ó de fantasma; sino que la inmensidad se halla ocupada por su presencia; que su ubicuidad inmóvil se manifiesta toda entera en cada ^{una} de los infinitos puntos del espacio; toda entera en cada uno de los instantes del tiempo, aunque el espacio y el tiempo solo existen para el hombre que necesita demarcar sus actos, medir las distancias y regularizar el transcurso de su existencia; no para Dios, cuyo presente, pasado y porvenir se concentran en un solo instante.

Ya se que os parecerán algo incomprensibles es-

tas ideas por hallarse muy por encima de vuestra sencilla inteligencia; pero la idea de Dios, aunque evidentísima, es un arcano, y yo no he podido despojarla de su sublimidad. ¡Dios existe! En vano argüirán siempre lo que pretenden negarlo, porque la materia, á la que atribuyen cualidades que no tiene, no será nunca principio inteligente; los gases mas sùtiles y mas etéreos no podrán desempeñar el principio de motores si una mano hábil no los combina, así como el conjunto de carne huesos y humores no puede producir el pensamiento.

¡Dios existe! porque no hay efecto sin una causa que lo motive. Reios de la casualidad, porque no es mas que una palabra vana, que nada representa. Levantad, hijos míos, la cabeza al cielo, bajadla hácia la tierra, volvedla á todos lados, y conmovidos ante tanta sublimidad y magnificencia, creed en Dios y modulen vuestros lábios en su loor una plegaria.

CAPÍTULO III.

El alma.

En un aposento oscuro y silencioso se destaca un lecho cercado de personas al parecer llorosas y abatidas. Sobre aquel lecho se descubre inmóvil y con los ojos cerrados á un hombre, cubierto el semblante de una estraña palidez, frio é insensible á cuanto le rodea. Es un cadáver. Que hacia poco há? Temia su parte de luz y de aire; sentíase casi gozoso porque unas manos afectuosas le cuidaban con solicitud; experimentaba cierta tristeza indefinible porque conocia que iba á abandonar aquellos seres tan queridos: estaba vivo. Que ha sucedido ahora?

¿Por qué no se agita aquel hombre? ¿Por qué no habla? ¿Por qué no siente? ¿Por qué no respira?

Sin embargo, aquel cuerpo no ha perdido una sola gota de sangre; aun conserva intacto su cerebro; ni un hueso siquiera se ha dislocado. Decidme: ¿por qué no vive?

Cuando conozcais la delicada á la par que ad-

mirable organizacion humana, comprendereis cuan facilmente puede la vida extinguirse; pero jamas acertareis á esplicaros como se verifica ese cambio que existe entre la vida y la muerte.

El cuerpo del hombre no es mas que un conjunto de materias maravillosamente combinadas que obedecen á una fuerza misteriosa é invisible que se denomina alma ó espíritu. Y cuando ese espíritu se desata y se aleja del cuerpo que es su envoltura, las moléculas que lo forman entónces luchan, se separan, se descomponen: aquello es la muerte.

Los materialistas, aquellos que pretenden demostrar que la vida del espíritu es pura fantasmagoría, quieren que la voluntad, la inteligencia y el sentimiento sean el producto de la combinacion de la materia, y para probarlo sacan auxilios de la ciencia, pero la ciencia rechaza tan indigna paradoja.

¡Que absurdo, hijos míos, creer que la grandeza del pensamiento, proviene de un poco de sangre ó de algunas fibras nerviosas! ¡Cuanta insensatez, cuanta aberracion, cuanto delirio no encierra la creencia de que esos intensos dolores que no dimanar de ningun accidente corporal; esas íntimas satisfacciones que no provienen de ningun objeto

externo, tienen por orijen la materia tosca y grosera! No los creais; porque en nosotros existe un ser incorpóreo é invisible que no ocupa lugar determinado en el cuerpo, pero que radia y se manifiesta por fuera como la luz al traves de un globo de cristal: principio inteligente que se remonta y se abate, que se esparce y concentra; alma, en fin, que anima y vivifica el cuerpo que la encierra.

El alma es indivisible y no puede morir, porque la muerte es solo una descomposicion de partes. De otro modo, que nos importaría sustentar un ser tan admirable, si ántes de la muerte viésemos de repente abrirse los abismos de la nada para quedar sepultados en el vacío? Conque la muerte seria el último fin del hombre? Conque nuestras esperanzas y nuestras glorias, nuestros afanes y servicios habrian de morir asfixiados por el hálito de las tumbas? Conque la misma suerte alcanzaria el malvado que el virtuoso, y el que ha burlado la justicia de los hombres se burlaría asimismo de la justicia de Dios?

No, hijos míos: el alma del hombre desde el momento supremo en que abandona la materia en que vivía, penetra en el vasto imperio de la eternidad. Instantaneamente se encuentra en el mundo de las almas, despojada de todo vano aparato y en la pre-

sencia de Dios. ¡Dichosos mil veces aquellos de vosotros que durante su vida hayan enderezado sus pasos por el camino de la virtud; pero desgraciados si sordos á la voz del deber habeis seguido por la parte opuesta!

CAPÍTULO IV.

La religion.

No creais, hijos míos, que ese Dios de que hemos hablado ocupe en tranquila soledad las inmensas regiones del espacio, ni que el hombre, creado para gozar un día de su presencia, vague errante sobre la tierra, sin serle permitido comunicarse con su Creador. Parte desde el fondo del alma un sentimiento, mezcla de amor y respeto que, elevándose hasta lo infinito, llega á las alturas celestes para confundirse con la gloria del Eterno. Este sentimiento misterioso, lazo que une el Cie-

lo con la Tierra y establece la armonía entre Dios y el hombre, se llama Religion.

Pero así como existen pueblos bárbaros y groseros, cuyas costumbres horrorizarían al menos sensible de vosotros, existen también religiones que se manifiestan por medio de prácticas tan absurdas como crueles, tan innobles como estúpidas y grotescas.

Compadezcamos á esos seres que no habiendo recibido todavía la luz del cristianismo, ó habiéndola rechazado quizás, se rebullen en el fango de la abyección mas repugnante, cebándose muchos de ellos en la muerte de los infelices que han tenido la desgracia de caer entre sus manos. Día vendrá en que el carro de la civilización se abrirá paso al través de las espesas tinieblas que les rodean, y entonces desaparecerán los obstáculos que se oponen para formar de todos los pueblos una gran familia que á la sombra de unas mismas leyes y profesando una misma Religion, confundirán sus almas con un beso eterno. Entretanto, hijos míos, procurad afianzaros, mas cada día, en las creencias que os han infundido vuestras cariñosas madres, y sea para vosotros la Religion católica la que reciba vuestros homenajes.

Ah! que inefables momentos aquellos en que el

alma replegada en si misma, emancipada de la materia que la encadena, se deleita con aquella estraña suavidad y blandura que parece emanada de los Cielos; se despoja de sus naturales atributos para concentrarse en la grandeza del Señor, que la envuelve toda entera. Yo deseo para vosotros esas horas de encanto y delicia, esos sublimes arrobamientos, cuando á la orilla de nuestros mares, cercados de silencio y semi oscuridad veais aparecer las estrellas en el firmamento, ó en el rincón mas oscuro de uno de nuestros templos, escuchéis los meláncolicos gemidos del órgano, cuando acompaña algunas voces que entonan una sencilla plegaria.

Quizas lanzados en el océano de la vida, el ansia de gloria, la mofa de los necios ó el cinismo de los malvados llegaran á ahogar en vuestras almas los gérmenes preciosos de este sentimiento; pero las decepciones, las amarguras y el desencanto de los objetos mundales os harán volver los ojos hacia la Religión para recojer en su seno los consuelos que el mundo no os podrá proporcionar. ¡Dios quiera empero, hijos míos, que con la frente serena y pura la conciencia, si os veis precisados á sufrir tan duras pruebas, podais cruzar por en medio del contagio sin quedar impregnados de su ma-

lético influjo!

Mas ved que en el seno de toda religion viven y se agitan un gran número de seres que forman su hez corrompida y su escarnio: pero así como los rayos de sol nada pierden de su pureza con esparcirse sobre los mas hediondos pantanos, tampoco la verdadera Religion en nada altera su primitiva esencia al dar abrigo á esos asquerosos reptiles. Valiera mas, mucho mas aparecer á la faz del mundo francamente impios, que arroparse con el sagrado manto de Religion para herir al prójimo á mansalva, como lo hacen los hipócritas y santones que, aparentando una verdadera piedad y una devocion sin límites, constituyen la triste imágen del vicio especulando escandalosamente con la virtud. Tan cobardes como malvados, los hipócritas nunca atacan de frente á su enemigo; se le acercan, redoblan sus ansias para grangear su confianza y su afecto; le halagan y adormecen con palabras insinuantes y melífluas, y despues de haberle estrechado ardientemente su mano, á los dos pasos derraman la contenida hiel de su alma, y se complacen en destrozar sin piedad aquella honra que momentos antes habian enaltecido.

El hipócrita religioso, mostrando su beatífico semblante, se exhibe en todas partes á desempeñar

habilmente su farsa repugnante; se le vé sobre todo en los templos, en los lugares mas visibles, ora moviendo los lábios como si modulara una plegaria, ora en ademan contemplativo cual si sostuviera con los cielos un secreto coloquio; pero en realidad su alma está muy distante de Dios, á pesar de que tiene su nombre constantemente en los lábios.

La sociedad anda precavida con el malo; la justicia impide al criminal que lleve á cabo sus intentos; pero el hipócrita, disfrazando la perversidad de su alma, se crea muchas veces una atmósfera halagüeña: llega á persuadir á cuantos le rodean de que solo ellos son los afectuosos, los dóciles y los creyentes. Huid de ellos, hijos míos, como huiríais del fuego: desterrad la hipocresia y el disimulo de vuestras almas: alzad la frente y presentaos en todas partes con esa noble franqueza, ese sincero denuesto que revela una conciencia pura y un corazón animado de los mas elevados sentimientos. Y al dirijiros al templo del Señor; al prosternaros ante la imágen de Aquel que fué escupido, abofetado y muerto en una cruz para la salvacion de los hombres, nada importa que nadie os vea; nada importa que no se pregonen vuestros actos, porque el que alcanza en el mundo fama de devoto, quizás no sea el mas sinceramente religioso.

Dos palabras me quedan para terminar este capítulo. Seguramente habreis comprendido la Religion como sentimiento, y que lo mismo en la inmensidad del Océano que en el seno de nuestras ciudades; lo mismo bajo el pajizo techo de una cabaña que en el fondo de los artesonados salones de los palacios, puede el hombre adorar á Dios. Pero vivimos en sociedad, hijos míos, y es necesario acudir á esos lugares destinados al culto externo, ó de otra manera, á la adoracion pública. Los indios tienen sus pagodas; los musulmanes, sus mezquitas; los judíos, sus sinagogas, y los católicos tenemos nuestras iglesias, á las cuales debemos concurrir con aquel fervor y respeto que tan sagrados lugares se merecen.

CAPÍTULO V.

La sociedad.

En un principio los hombres todos, á semejanza de los salvajes de ahora, agrupados en familias, sin

gobierno, sin leyes, apegados á unas costumbres antojadizas y groseras, vagaban errantes por los fondos de los bosques y por las márgenes de los rios, en lucha abierta con los elementos, y arrancando los frutos á una naturaleza, vírgen todavía, que no quería doblegarse á sus esfuerzos.

No diré las ciencias, las mas sencillas reglas del arte les eran desconocidas: la industria mas tosca y necesaria se hallaba envuelta del misterio: sus moradas fueron las cavidades de las peñas: sus vestidos, las pieles de sus rebaños: su alimento, la yerba de los campos ó algun no sazonado fruto: de manera que el hombre, el rey de la naturaleza, si bien disfrutando de una libertad ilimitada, no aventajándole en fuerza al leon, ni en ligereza al ciervo, ni en astucia al zorro; postergada su inteligencia al conocimiento, apenas perceptible, de los objetos que abarcaba su vista, vivia expuesto á los azares de esa misma naturaleza que despues de algun tiempo habia de sujetar á su soberano albedrio.

Las familias ó tribus, movidas por un mismo resorte se juntaron, y con la acumulacion de aquellas fuerzas aisladas constituyeron un poder mas estenso que llamaron gobierno: de la reunion de aquellas inteligencias, antes inconexas, brotó la luz de

una idea, surgió un pacto de alianza, y de aquel pacto nacieron las leyes, y á la sombra de aquellas leyes se organizó la sociedad.

No seguiremos nosotros la marcha de aquella sociedad primitiva, unas veces tranquila y feliz, otras veces turbulenta y desgraciada, á medida que la ambicion, la codicia y el egoismo se enseñorearon del corazon de los hombres y se rompieron los diques del natural derecho para dar paso á la mas desenfrenada usurpacion. La historia, luz de los tiempos y mensajera de la antigüedad, os relatará estos hechos que deberán sin duda aleccionaros para seguir con provecho la senda que os tiene señalada el porvenir. Entretanto séame permitido exponeros brevemente algunas provechosas verdades que no debeis ignorar y que os servirán de norma para vivir entre los hombres, conforme á los eternos principios de justicia y de caridad.

No se concibe el bienestar del individuo fuera del circulo de las leyes, porque la pasion hácia el interés personal llegaria á quebrantar los estrechos vínculos de sociabilidad. Las leyes deben ser generales, porque una ley para cada individuo ó un código para cada una de las familias, sobre ser del todo punto practicable, seria tan quimérico como absurdo. Y como no todas las leyes favorecen igual-

mente la condicion de todos los hombres , por la diversidad de caracteres y modos de apreciar la justicia, de aquí dimanar las turbulencias, los trastornos y toda serie de conmociones sociales , que bastan por si solas á secar las fuentes de la prosperidad pública.

Pero así como os encargo un profundo respeto á las leyes , os recomiendo tambien que no os mostréis discolos ni ofensivos ante el principio de autoridad. Quizás no sea de vuestro particular agrado la persona encargada de gobernaros; quizás abrigueis miras odiosas contra sus principios.... no importa: la autoridad no es el individuo , sino el representante del poder , la encarnacion viva de la ley, ante la cual la pasion calla , las lenguas enmudecen y los ódios se disipan.

Y si el poder es despótico? Y si la ley es tiránica? Y si la sociedad se ve oprimida por ella como debajo de una plancha de hierro...? No me atrevo aconsejaros ni aun en estos casos la rebelion; pero si os diré que el servilismo degrada la personalidad humana y que la dignidad y el decoro prestaran auxilios á vuestra razon.

Volviendo á mi tema , me complazco en persuadirme de que no tendré necesidad de hablaros del crimen espantoso que consume el que mata ó hiere

gravemente á otro, aunque sea en el acto de un desafío, ó en un *lance de honor*, como muchos los llaman; como si el honor quedara purificado con haber teñido las manos con sangre, y como si la sangre derramada fuera un paliativo para el ageno honor. No, hijos míos: medid las armas que os prestan la inteligencia y la virtud, con vuestras palabras y con vuestros hechos; sed atletas en este campo, en donde es seguro recogeréis los laureles de la victoria.

Y que os diré de los derechos agenos? Tendré necesidad de demostraros la vileza con que procede el que impunemente los viola? Aun prescindiendo de la justicia de los hombres, no siempre equitativa y sagaz, al apropiaros de lo que no os pertenece, creeriais poderos evadir de la justicia eterna? Y aun prescindiendo (que es todo prescindir) de la eterna justicia, á que rincon mas oscuro os esconderiais sin sentir esa desazon continua, esos remordimientos que á manera de gritos penetrantes se levantarían del fondo de vuestra conciencia? Antes se os caigan uno á uno los dedos de la mano, que intentar contra la propiedad agena; antes se os pegue la lengua al paladar, que hacerla servir de instrumento contra la reputacion del prójimo. Que no merece solo el infame epíteto de

«ladron» el que furtivamente roba y huye; que no hace tanto daño él que hiere á otro en el cuerpo como él que hiere en el alma ; que es mas sagrada todavia la honra del prójimo que sus tesoros; que la calumnia , hijos míos , manchando vuestros labios, pervertiria vuestros corazones : porque la imputacion falsa, forjada maliciosamente para menoscabar la reputacion ó el buen nombre de una persona , es mil veces peor que el robo y casi tan horrible como el asesinato.

Acostumbraos á respetar á vuestros semejantes y á cuanto les pertenece, con la misma delicadeza con que respetariais lo vuestro; mas aun, porque el verdadero hombre de bien es severo con sus propias faltas é indulgente con las que en los otros descubre. Pónenos la pasion delante de los ojos unos cristales, y con ellos todo lo ve uno grande y bueno en sí ; malo y pequeño en los demás. Y al vislumbrar estos efectos que pudiéramos llamar de óptica , nos consideramos superiores en inteligencia , mejores en virtud y mas grandes bajo el punto de vista social. ¡Funesta perspectiva! Desde aquel momento se despoja el hombre de una de las virtudes mas bellas: la modestia ; al propio tiempo que se nutre en él uno de los defectos mas anti-páticos : la fatuidad.

Pero como las condiciones sociales no son iguales en todos los hombres, es necesario tener en cuenta la consideración y respeto que en mayor escala unos mas que otros se merecen. ¿Veis aquel respetable anciano cuyo semblante sosegado y tranquilo, y cuya cabeza cubierta de canas os da indicios de esperar con resignación la muerte, después de largas y zozobrosas luchas que habrá tenido que sostener contra los azares de su dilatada existencia? No abuseis por Dios de la debilidad de sus fuerzas, ni os muevan á risa sus intempestivos deseos, ni os causen repugnancia sus persistentes achaques; porque seriais, quizás por castigo del Cielo, despreciados y escarnecidos en vuestra vejez.

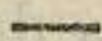
¿Veis aquel desgraciado de semblante abatido y melancólica mirada que atraviesa maquinalmente las calles, sin que una mano amiga estreche su mano, y sin que ojos humanos busquen los suyos para cruzar siquiera un imperceptible saludo? Es un infeliz padre de familia que gime en la miseria mas triste y se retuerce en el dolor mas profundo, porque no encuentra trabajo, y se ve privado de llevar un pedazo de pan á su desconsolada esposa y á sus hambrientos hijos. No le contempleis sin cierto respeto compasivo, el respeto que siempre merece la desgracia; y venturosos de vosotros si podeis pro-

porcionarle un alivio, porque en ello experimentaréis satisfacciones inefables.

¿Veis aquel otro encanecido en la ciencia que, alejado de los frívolos pasatiempos, pasa la vida en dulce comunicacion con los libros para comunicar despues los conocimientos que ha podido adquirir, y en cuya frente elevada y serena se refleja la magestad del génio, y en cuyo rostro se descubren profundas huellas de insomnio? Anhelad su trato, respetad su ciencia; porque son los sábios como aquellos ástros brillantes que disipan las sombras de la oscuridad, y por do quiera que pasan dejan un rastro luminoso de su existencia.

Pero no por eso desdeñeis á los demas hombres. Una conducta delicada y esquisita debe ser siempre el móvil de vuestros actos, desterrando aquellos movimientos impetuosos, bruscos ó groseros, impropios de las almas nobles y sensibles. Y cuando vislumbreis en una conversacion cualquiera las señales precursoras de una querella, semejantes á aquellos prudentes marinos que al ver despuntar en lontananza la tempestad, se apresuran á amainar ~~las~~ las velas y á torcer el rumbo de su nave, haced variar vosotros el curso de la disputa, ó retiraos oportunamente, procurando siempre llevar á puerto de salvacion vuestra dignidad y vuestro decoro.

CAPÍTULO VI.



La patria.



Muy pronto los límites del territorio que habian escogido las primeras familias no fué suficiente para contener tantas ambiciones; algunos grupos pugnaban por emanciparse de aquellos gobiernos, y habiendo descubierto, desde la cima de un monte, vastas praderas, frondosos bosques y deliciosas márgenes que les ofrecian una existencia mas acomodada á sus miras, abandonaron aquellas comarcas y fueron á establecerse en aquellos que ya consideraron sus dominios.

De esta suerte, fraccionados á su vez aquellas agrupaciones, se fijaron fronteras y se desarrollaron aquellos estados; tuvieron necesidad de reformar los códigos y establecieron nuevas leyes; concibieron otras creencias y ordenaron una nueva religion; hubieron de aplicar nombres á nuevos objetos y crearon un nuevo idioma: y he aquí, estudiosos ni-

ños, el origen de las diversas naciones que veis vosotros dibujadas en los mapas, y que dividen la parte sólida de nuestro globo.

Ahora bien, como cristianos, vuestro amor hacia el género humano, ha de traspasar las fronteras y las zonas: vuestra patria es el mundo. Pero como españoles, feliz ó desgraciada, habeis de amar ardientemente á nuestra España, con aquel amor puro y desinteresado que ha engendrado un valor magnánimo y una abnegacion sacrosanta en el corazon de tantos héroes.

Al grito de la patria herida y lastimada, volad á defenderla, porque es vuestra madre; madre desnaturalizada á veces para muchos de sus hijos, que se ven precisados á buscar un refugio ó á llenar sus esperanzas en extranjero suelo. No importa: ella encierra nuestras mayores glorias; cada pedazo es una página de nuestra historia; cada pueblo recuerda un hecho memorable de nuestros abuelos, y á cada paso tiene nuestra religion erigido un altar. ¡Que mucho que la historia nos refiera hazañas portentosas llevadas a cabo por patrióticos varones que en todas las naciones se han distinguido, si el amor á la patria siempre los ha estimulado!

Un dia abrireis el gran libro de la historia, y entónces conoceréis á los animosos hijos de la no-

ble Esparta que sacrificaron sus vidas en aras de un amor pátrio, quizás profundo en demasía. Conoceréis á un Scévola , y le vereis impassible y sereno estender su mano hácia un brasero ardiendo y consumirla en él, porque aquella mano no habia sabido herir á Porsena , el enemigo de su patria. Conoceréis á las famosas galas que , luchando desesperadamente al lado de sus maridos para defender sus campos y sus hogares amenazados por las agueridas huestes de Cesar, se arrojaban por entre las piernas de sus caballos , prefiriendo una muerte espantosa antes que contemplar á su patria invadida y profanada por los romanos. Y volviendo los ojos hácia nuestra España , os sentireis poseidos de un legítimo orgullo al sentir correr por vuestras venas sangre de aquella que se vertió en Sagunto y en Numancia. Aquí vereis á un Pelayo volver con un puñado de valientes , por el honor mancillado de nuestra nacion ; vereis á un Guzman , antes que quebrantar la lealtad castellana , arrojar desde el muro el puñal que habia de clavarse en las entrañas de su propio hijo y lacerar su corazon de padre. Y si estos ejemplos y otros mil que señalaros pudiera no fueran suficientes á arraigar en vuestros pechos las primeras semillas de un sagrado amor á la patria, os invocaría la memoria de nues-

tros abuelos, que al sentirse amenazados por el furor despótico de los soldados de Napoleón primero, que la vergonzosa conducta de un monarca había provocado; en presencia de aquellos franceses, de aquellos cañones y de aquellos caballos; herido en lo más vivo el honor nacional; como dominados los españoles por una chispa eléctrica, se encendieron en ira; y como no encontrasen armas suficientes para tantos brazos, desgajaron los árboles para hacer chusos; abrieron las entrañas de la tierra para encontrar hierro; hierro que desbandó á las águilas francesas; hierro que salvó de la profanación y deshonor la independencia española escrita con sangre en las montañas del Bruch y en los campos de Bailen y Zaragoza.

¡Desgraciado el que no ama á su patria! ¡Desgraciado el que no tiene tampoco memoria para recordar con ternura inefable aquellos poéticos lugares impregnados de recuerdos de la infancia, y contempla con criminal indiferente como se profanan y envilecen! Yo me complazco en creer que todos vosotros, despojados de las mezquinas pasiones que entrañan los partidos políticos; desprendidos también de los ruines deseos que germinan á la sombra de la ambición y del egoísmo, si sois llamados á ejercer algunos de los cargos públicos á que

podeis estar destinados, os inspirareis tan solo en el bienestar y prosperidad de esta nacion tan noble como desgraciada, sin doblegaros ni á exigencias ni halagos; que ante todo y por encima de todo se halla vuestra honrada probidad, vuestro buen nombre, compatible solo en estos casos con el sagrado patriotismo.

Patriotismo he dicho, porque el amor á la patria, á pesar de constituir un elevado sentimiento, podría ser un sentimiento aislado y casi un amor estéril. No basta amar á la patria; es necesario que cada uno en su profesion, cada uno en su esfera se esfuerce para llevar á cabo aquellas nobles acciones y generosas empresas que promueven en mayor ó menor escala adelantos positivos, encaminados todos á infundir vida y aliento al pais, sin menoscabo de la eterna justicia y de la verdadera felicidad.

CAPÍTULO VII.

La familia.

Esa pequeña agrupacion social que os presento, amables niños, conocida por el nombre de familia, es sin duda una de aquellas instituciones mas bellas y mas legítimas, porque satisface la mas noble aspiracion del hombre: al amor. Verdad es que al ser humano, para extender el vuelo de su espíritu, no le basta el limitado recinto del hogar doméstico: la patria reclama su concurso, la humanidad solicita una parte de su anhelo, y su misma personalidad le exige á veces prescindir de los puros afectos de la familia para su mayor impulso y perfeccion.

Pero ¿que sería del hombre cuando perdidas sus fuerzas en esas empeñadas y sangrientas luchas sociales, en las cuales el vencedor suele morder muchas veces el polvo de los vencidos, sino tuviera un lugar en donde reclinar con seguri-

dad su cabeza y un templo consagrado al culto de su amor? ¿Cómo se complacería al trabajador incansable, si terminadas sus tareas, agotadas sus fuerzas, cansada su cabeza y debilitado su estómago, al dirigirse á una casa que no es la suya, se sintiera halagado por manos mercenarias que le cuidasen sus ahorros? Y ese infeliz que atado al potro de la mas penosa servidumbre, se siente humillado á cada paso, sin poder exalar una queja de sus lábios, á donde se dirigirá que pueda levantar su abatida frente y ser recompensado con usura de sus quebrantos, por un puro y desinteresado afecto?

Oh! la familia! arca sacrosanta, guardadora de los tesoros de amor, de abnegacion y de virtud; fresco oasis de la vida en donde recobra aliento el viajero para proseguir su fatigosa jornada; playa hospitalaria y amiga, único refugio del infeliz naufrago que, luchando con las embravecidas olas, estaba á punto de ser atraído á la insondable vegetacion de los mares! Ahí teneis, mis caros niños, el único templo de la felicidad que acá el mundo se goza, y en donde se destaca, casi siempre afable y sonriente un angel, bajo la forma de una mujer, que puede ser una madre, una esposa ó una hermana.

Pero ¡ah! que esa pintura tan halagüeña, aun-

que pálida, que os acabo de bosquejar, no es el retrato de todas las familias; porque no siempre el sosiego y la ternura se cobijan bajo el techo de ese albergue que, no por ser sagrado, deja de ser inaccesible á las máleficas corrientes que parten de los focos corrompidos de la sociedad. Ángeles malos, perniciosos ejemplos se introducen en el recinto del hogar; y entónces se promueven aquellas dañosas disputas, que muchas veces trascienden á escándalo; entónces se fraguan aquellas terribles maquinaciones, que siembran la desolacion y el luto en aquellos corazones; entónces no es extraño descubrir, allá en el fondo de oscuro y apartado rincon, á un hombre caviloso y trastornado ó á una mujer abatida y llorosa, que así pueden deplorar la pérdida de un ser idolatrado, como sentirse agobiados de angustia, bajo el peso de la accion de un malvado.

Aquel horizonte sereno y transparente vuélvese á veces sombrío, y el viento de la enemistad arrecia, y los resentimientos provocados se agitan, y aquel sosiego, al parecer inalterable, desaparece, porque se ha interpuesto un mundo de pequeñeces, á que me seria enojoso descender ahora. Crúsanse entónces las palabras injuriosas; mézclanse los gestos repugnantes; acompañan las amenazas indig-

nas; siguen los movimientos brutales de terrible cólera; y en medio de aquella escena de lágrimas y denuestos, de súplicas y amenazas, se acerca invisiblemente Satan, con sardónica sonrisa crúzase de brazos y contempla aquel cuadro; mientras el ángel bueno, el protector del hogar, invisible también, se retira triste y avergonzado, abatidas sus alas y caída sobre el pecho su hermosa cabeza.

Para que esto no os suceda; para que vosotros conjureis los vientos desencadenados que estas borrascas promueven, yo os diré como deben considerarse los miembros de una familia para que en vuestros preciosos corazones se establezca, desde vuestra infancia, aquella afinidad moral inquebrantable; aquella dulce simpatía, sin la cual los vínculos de sangre, como burbujas de vacilante espuma se deshacen.

¿Comprendes tu ¡oh débil niño! la inmensa ternura que brota del corazón de tu madre y la tierna solicitud con que se anticipa á tus deseos? ¿Has descubierto en la mirada de tu padre, aun cuando severa te amenaza, destellos de un afecto profundo que menguan y debilitan su rigor? ¿Has reparado el afán con que uno y otro y cada cual en su esfera trabajan para que tu no sufras las incomodidades y privaciones que ellos arrostran quizás?

Ama á tu padre y á tu madre, y ámalos sin condiciones, porque ellos te aman á ti desgraciado y feo y te amarían aunque fueras el mas perverso de los hombres. Y si algun dia, hombre ya, los ves abismados en la desgracia ó en la miseria, no imites, por Dios, á aquellos desdichados sin conciencia que abandonan á sus padres en la vejez, olvidando cuanto les deben; y pretextando que las exigencias de su nueva familia ó el rango de su posicion no les permite socorrer á los que el ser y la educacion les dieron, quieren todavía pasar plaza de humanitarios y probos.... ¡Dios del Cielo! El que no ama á sus padres, que cosa puede amar en el mundo? Si sois ricos, compartid con ellos vuestra riqueza: si sois pobres, ellos tomarán tambien parte en vuestros quebrantos: y si hay solo un pedazo de pan en vuestras mesas, haced que vuestros padres coman de él, y aunque mas ligero el alimento, no os será al menos nocivo, y allá en vuestra vejez, no os sentireis helados por el frio de la ingratitud, porque el corazon de vuestros hijos prestará calor á vuestros corazones.

Contemplad ahora á vuestros hermanitos. Con que agradable satisfaccion os solazais juntos en vuestros juegos infantiles y os defendeis mutuamente cuando alguno de vuestros compañeros se

vuelve contra vosotros. Un mismo techo os cobija; una misma mesa os sirve manjares; un mismo lecho quizás se ofrece á vuestro descanso; corre por vuestras venas una misma sangre, y á una misma mujer dais el cariñoso, el dulcísimo nombre de «madre». Pues bien, si al tiempo de prodigaros estas caricias se os dejara percibir una voz que os dijera: «entre vosotros un día ha de interponerse una nube de ódio, y ni siquiera conservareis un recuerdo de los plácidos días de vuestra infancia...» Lo creeríais?

Y sin embargo, esas crueles transformaciones las presenciarnos todos los días, siendo la codicia el principal móvil, porque la codicia destruye y anota la facultad de sentir. Ah! si muchos padres, una hora despues de muertos; pudiesen levantar la cabeza y contemplaran el repugnante espectáculo que se sucede al repartirse los hermanos el fruto de sus desvelos, hundiríanse llenos de dolor y vergüenza al fondo de sus sepulcros. Pero vosotros no provocareis por vuestra parte acciones tan indignas, porque el amor fraternal, que ahora experimentais, no se sentirá ahogado por pasiones bastardas.

Quizás seais llamados á fundar una nueva familia, y yo debo hablaros para el porvenir, porque es solo un instante el presente. En ese caso, no imi-

teis el ejemplo de aquellos para quienes el acto trascendental del matrimonio es un negocio como otro cualquiera, ó asunto de poco monta el llevar á una mujer al pié del altar y prestar ante Dios un juramento de eterna fidelidad. ¡Desgraciados ellos y mas desgraciados sus hijos; porque en vez de ser templo de virtud el hogar, sino se corrompen en el abandono y envilecimiento, abrirán su corazón á la dolorosa esperiencia del mal y nutrirán sus almas con su mortal veneno.

Creedme, hijos míos; mas que fundar una casa espléndida, anhelad constituir una familia dichosa; mas que acumular bienes y riquezas, áfanaos por gozar de alegrías y virtudes. La que ha de ser madre de vuestros hijos no ha de elegirse de entre la muchedumbre sin una gran prevision y prudencia; pero al juntarse vuestras almas, sea la paz y el amor con vosotros; que si la mujer se debe al marido, el marido le debe á su compañera todo su apoyo, toda su adhesion, toda su ternura; no interviniendo en los quehaceres propios de su sexo, y no menospreciando tampoco aquellos consejos tan nobles que brotan muchas veces del corazón de la mujer.

Por último, si sois padres, no basta que ameis y alimenteis á vuestros hijos, que esa conducta la

siguen instintivamente hasta los brutos y las fieras. Sed vosotros sus primeros maestros; educadlos en los sagrados principios de religion y moral, y cultivad su inteligencia con los conocimientos científicos y su corazon en los nobles actos que constituyen la práctica de la virtud.

CAPÍTULO VIII.

La escuela.

Comprendo, hijos míos, que es harto desagradable y penoso permanecer tantas horas cada día, como vosotros lo haceis, en un salón poblado de mesas y mapas, bancos y pizarras, ocupados constantemente en hacer letras y números, escuchando siempre una misma voz, leyendo largo tiempo en unos mismos libros y sintiendo, sobre todo, la voluntad encadenada á una disciplina no muy suave para quien la libertad doméstica y callejera constituye su mayor encanto.

A buen seguro que os holgárais mas en recorrer los campos , atisbando las avecillas para cogerlas; en soltar el hilo á una cometa hasta perderla de vista , ó en corretear por las afueras de la poblacion , en medio de las voces de vuestras camaradas; á un á trueque de algunas caidas y chichones , primera cosecha de males que suelen recojer los desaplicados é indóciles arrapiezos, que no tienen la dicha de concurrir á esos lugares que llamamos escuelas.

Quizás me equivoque , y en verdad que algunos conozco yo de entre vosotros para quienes el estudio no les es cosa tan desagradable , que digamos, y aun me atreveria á decir que convencidos de su utilidad é importancia , se afanan y desvelan por conseguir un premio á su aplicacion , un conocimiento á los muchos que ya atesoran , cada uno de los cuales debe formar un rico floron á la preciosa corona que se teje invisiblemente para ceñir las sienas de aquellos que mas se distinguan por su constante aplicacion y estudio; corona de mas precio que todas aquellas en que los diamantes brillan y lanzan sus fulgores los zafiros y esmeraldas.

Porque ¿hay nada en el mundo que pueda compararse con el plausible anhelo que siente el que busca la verdad y la razon de todas las cosas , y la

encuentra al fin, y se deleita en poseerla, y se complace en comunicarla, y halla reducido el mundo que le rodea, y se eleva por encima de todo atravesando el espacio para fijarse en los inmensos globos que van girando, y desde ellos remontarse á las regiones de lo infinito para embeberse en la gloria del Eterno?

No lo dudeis: la ciencia nos acerca á Dios; la ignorancia de él nos aparta. Apurados los goces de la materia, sentimos el cansancio y el hastio que nos enerva y abate; mientras los delicados goces del espíritu son de suyo tan purísimos é inefables, tan profundos y halagüeños, que no parece sino que el mismo Dios está en ellos, y para probarnos las inmensas delicias que brotan de los Cielos, se complace en hacernos sentir, como por via de ensayo, las primeras emociones.

Pero no hay gloria sin lucha, y en lucha estais vosotros, hijos míos, cuando no comprendiendo todavía estos pensamientos; no abrigando siquiera las esperanzas de una recompensa tan grande, violentais vuestra voluntad en el estudio; torceis vuestras naturales inclinaciones con la asistencia á la escuela, y sufris muchas veces los castigos que vosotros mismos os acarreaís por vuestra indolencia ó desaplicación.

¿Acaso, se me dirá, estamos todos destinados á engolfarnos en los senos vastísimos de la literatura ó de la ciencia para recoger los brillantes frutos de nuestros afanes? No, hijos míos; las artes mecánicas tendrán en la mayor parte de vosotros sus agentes y maestros; y para ello necesitáis conocimientos, muchos conocimientos sino quereis seguir la suerte de esos autómatas, hombres-máquinas, cuyos ciegos impulsos les inducen á precipitarse en los profundos abismos de la desgracia y de la miseria.

La amenidad del trato, la ternura del corazón, la elevación del ánimo y ese ~~trato~~ ^{trato} esquisito para todas las cosas, no se adquiere sino por medio de una saludable educación. En los libros encontrais ahora palabras vagas cuyo sentido se halla muchas veces distante de vuestra comprensión; pero mañana, cuando se hayan desvanecido en parte las sombras y celajes que envuelven vuestra inteligencia, esos mismos libros que son para vosotros un objeto de fastidio, os presentaran pensamientos sublimes, imágenes bellísimas que, al reflejarse en vuestra frente, inundarán vuestras almas de dulcísimas sensaciones.

Ah! si todos supieran los buenos ratos que se pasan leyendo, á buen seguro que esos jóvenes que

como vosotros frecuentaron las escuelas, y que por desidia ó poca reflexion abandonaron despues los libros; si supieran, repito, los goces que proporciona la lectura, abandonarían los enojosos placeres del café ó del casino, para entregarse horas enteras al estudio; y todas las noches, en vez de consumir un tiempo precioso en la calle ó algunas monedas en el juego, rodeados de los seres que mas aman en el mundo, se complacerían en leerles, en alta voz, cosas buenas y sencillas, que nunca faltan en los libros.

Ardientemente deseo de vosotros que el último dia de clase no sea el término de vuestros estudios; porque de que os servirían tantos años de esfuerzos si al fin habiais de olvidarlo todo? El ejercicio de vuestra profesion, si usais de prudencia y economia, os dejará algun tiempo y algunos ahorros; y en verdad os digo que no hay tiempo mejor aprovechado que el que se emplea adquiriendo conocimientos útiles, como no hay dinero mas provechosamente invertido que el que se gasta en la adquisicion de un buen libro. Rechazad el ejemplo de aquellos que para disculpar su conducta, al ser increpados sobre su mal proceder contestan: «Yo no tengo tiempo» ó con otra expresion: «carezco de libros». ¡No tienen tiempo! y pasan horas enteras

ocupándose con necias bagatelas ó escuchando las bufonadas de un charlatan grosero. ¡Carecen de libros! y en cambio hallan siempre medios para adquirir lo que ménos necesitan.

Pero volvamos al objeto de este capítulo, porque temo haberme escedido con mis digresiones. La ignorancia, amados niños, os haria torpes, groseros y antojadizos; mientras la buena educacion despejará vuestro natural ingenio, dulcificará vuestras maneras y arrancará de raiz vuestros perniciosos instintos. El camino es largo y algun tanto escabroso, pero la gloria es segura. Congratulaos con haber nacido en una época brillantísima, que si bien algo apestada de malos libros (y de ellos habeis de huir con horror) debemos reconocer que los buenos abundan, y que los perfectos métodos de enseñanza contribuyen á hacerlos todavia mas útiles y provechosos. Nuestros abuelos eran ménos afortunados que nosotros: sujetos á una disciplina escolar vergonzosa y severa; obligados á retener en la memoria párrafos enteros de libros cuyo contenido no comprendian, la ciencia era para ellos una especie de mito, cuando no una dificultad casi invencible; y á pesar de ello, cuantas lumbreras no centellearon en aquellos tiempos que hemos dado en llamar oscuros! ¡cuántos génios mecidos en la oscuridad

no alcanzaron despues con su constancia la palma del triunfo!

Pero si vuestros deberes con respéto á la instruccion pueden ser limitados, no lo deben ser al tratar de vuestra educacion. Porque no creais, amados niños, que para cumplir vuestro destino sobre la tierra, os basten algunas nociones de las ciencias y de las artes. ¡Cuantos han abusado de los ricos dones de su inteligencia, por carecer de las buenas cualidades que constituyen un noble carácter! ¡Para cuantos no ha sido la instruccion un arma peligrosa, porque en sus almas el sentimiento moral y religioso se hallaba muerto ó adormecido! Y aun esa misma inteligencia que enriqueceis con útiles conocimientos; esas facultades que cada dia poneis á prueba al formar y emitir el pensamiento, sino las sujetareis á unos principios saludables ¡cuán funestos extravios no tendríais despues que deplorar!

Testigos, muchas veces, de discusiones intestinas, del desórden, de la intemperancia, de los arrebatos, de la codicia innoble y grosera; sino tuvierais el corazon animado por los nobles impulsos de la virtud; sino sintierais en vuestra conciencia una repugnancia invencible para el mal; en una palabra, si la buena educacion no os sirviera de

guia , como evitariais el pernicioso influjo que sale de los senos corrompidos ó de los corazones ineducados? Ah! no! yo quiero que difundais en torno vuestro el suavísimo aroma que se desprende de los nobles actos , purificando la atmósfera que os rodea , conmoviendo á todos los seres que puedan trataros , y aun apartando , con vuestro ejemplo , de esas sendas tortuosas y oscuras á los que se orgullecerán un dia de haberos colmado de caricias. Este es el objeto que me he propuesto : esta es la marcha que sigo en mis difíciles tareas , por mas que me cuesta vencer las preocupaciones de aquellos que solo se fijan en la superficie de las cosas. Sinó consigo en gran escala mi intento , mia no será la culpa , sino efecto tan solo de haberos arrastrado aquellas viciosas influencias á que muchos , en una gran parte del dia , estais sometidos.

CAPÍTULO IX.

El trabajo.

Cuál náufragos arrojados por el mar á la desierta orilla, sin memoria de su pasado, halláronse los primeros hombres sobre la tierra, desnudos, hambrientos y amedrentado el ánimo bajo el peso de aquella terrible sentencia: «ganarás el pán con el sudor de tu rostro.»

Apenas se movieron y giraron la vista en torno, cuando contemplaron numerosos y corpulentos árboles que liberalmente les ofrecían sus abundantes y sazonados frutos; y aguijoneados por el hambre, su primera necesidad, intentaron subirse á ellos para saciarla, no empero sin penosos esfuerzos y alguno que otro rasguño. Poco despues hubo de incomodarles la sed, que apagaron al fin, quizás á trueque de una larga jornada para encontrar una clara fuente ó un cristalino arroyo. Vino la noche, y á favor de ^{la} luna debieron guiar sus inciertos pasos

hasta encontrar, en medio de aquellas soledades, un albergue en donde reclinar por algunas horas, no sin prevencion ni recelo, su cansada cabeza. Quien sabe á costa de cuantos afanes hubieron despues de arreglar sus primeros vestidos, y de que trabajosos medios se valieron luego para satisfacer las necesidades que sucesivamente se les dejaron sentir; porque ya desde entónces no hubo paso sin esfuerzo, triunfo sin lucha, bocado sin abundantes gotas de sudor.

Pero comparad aquellos hombres desnudos y hambrientos, supersticiosos y salvages; aquellas razas nómadas y errantes que vagaban por los bosques y por las riberas de los rios, desposeidas de todo sentimiento moral, porque ni las leyes del mundo físico conocian; comparadlas, repito, con nuestros hombres, con nuestras sociedades, las cuales, á pesar de sus vicios, dejan entreveer facilmente que el progeso y la civilizacion, á cuya sombra se agitan, son patrocinaados por el mismo Cielo.

¿ Nada dicen á vuestra sencilla razon, con la elocuencia de los mismos hechos, los maravillosos inventos que se han creado en el trascurso de las edades, y que han convertido aquel inmenso erial, aquella tierra rebelde, en morada deleitosa, sobre

todo cuando el hombre, en su orgullo, no quebranta la valla de los derechos ajenos? A tan claras y patentes transformaciones, seríais por desgracia vosotros insensibles?

Llegaos á mi, candorosos niños, y yo dilataré los horizontes de vuestra inteligencia. Yo os explicaré como el hombre ha llegado á triunfar de los elementos; como ha encadenado á sus plantas el rayo; como ha remontado su espíritu á los cielos para estudiar la masa candente del sol en su mismo origen. Veréisle como fabrica portentosos aparatos para arrancarle á la naturaleza sus secretos; como levanta colosales monumentos para inmortalizar su gloria; como cruza por todos lados á la tierra, á manera de inmensa red, con anchas vías de comunicacion, para lanzarse por ellas con tanta velocidad como la de un cometa que atraviesa el espacio: veréisle como taladra los montes, como surca las aguas, como hiende los aires, como hace desaparecer los istmos, y á dos mares, desde la creacion separados, como los confunde con un abrazo fraternal y con un beso eterno.

Ah! suspended, hijos míos, vuestro espíritu ante esas maravillas; pero que sea tan solo el tiempo necesario para rendir un tributo de admiracion y gratitud á los ilustres génios por cuya inspiracion se

crearon y al número infinito de olvidados mártires que las construyeron, impregnando en todas ellas sus sudores, su aliento y muchas veces su propia existencia. No, no paseis con fría indiferencia por delante de las magníficas obras del arte sin consagrar un recuerdo á sus autores, porque solo Dios sabe el capital de lágrimas y el cúmulo de desesperados esfuerzos que costaron. Pero no os detengais mucho tiempo á no ser para estudiarlas; no os cruceis de brazos en la inaccion ó en el ensimismamiento, porque el que está parado, en medio de tanto adelanto, retrocede; y el que retrocede no debiendo retroceder, ó dá señales de un miedo infundado ó de una falsa vergüenza.

Ahora bien: ¿sabeis que impulso inicial, que estímulo invencible ha movido al hombre, en todos tiempos, á construir tan ingeniosos aparatos y á llevar á cabo empresas tan grandiosas? La fuerza de sus necesidades. Pero que mágico resorte ha puesto en juego para satisfacerlas? Uno solo: el trabajo.

El trabajo, agente productor de la riqueza, mantenedor de bienes, satisfaccion del alma y título sagrado de su independendencia. Ah! no lo despreciéis, no lo maldigais, porque no es un castigo, sinó una bendicion. Despreciad, enhorabuena, al parásito.

que pasando sus dias en perpétua holganza , contempla con indiferencia á los demás , como se esfuerzan, como sudan para proporcionarle lo que apetece. El hombre laborioso, el que consagra su inteligencia y sus fuerzas á la produccion de lo útil ó de lo bello, que vale tanto ó mas, ese, aunque perciba por otra parte una recompensa , ese debe merecer vuestra estimacion, más aun; vuestro respeto.

El trabajo comunica fuerza á los nervios , fortalece y vigoriza á los músculos, infunde vida al ánimo y redobla los impulsos del corazon. La inaccion, por el contrario, engendra la pereza, que es la negacion de todas las virtudes, y la ociosidad, que es la madre de todos los vicios. Llegaos cerca del perezoso y le encontrareis siempre alicaído y lánguido; su mirada indecisa y vaga ; su semblante abotargado y soso; su corazon frio é indiferente para el ageno y propio bien. No en vano , hijos míos , se colocó á la pereza entre los pecados capitales, confundida con los enemigos irreconciliables de la caridad.

Generalmente los que trabajan se lamentan de sentirse atados á semejante obligacion, que califican de onerosa y dura, y envidian la suerte del magnate, cuya fortuna le quita de encima un peso

tan grande. Otros se desviven imponiéndose privaciones y trabajando con ahinco para adquirir con el tiempo un pequeño capital que, según imaginan, ha de proporcionarles dicha y reposo. Estos, si en algo aciertan, no marchan por esto del todo encaminados.

Hay, en efecto, ciertos trabajos que después de agotar las fuerzas del que los ejerce, enferman su existencia, y oprimen el ánimo con dolor; porque ni aun á trueque de tantos esfuerzos y de tantas fatigas, puede el infeliz obrero ahuyentar su hambre y sacudir la miseria que le rodea. Contemplan después al capitalista ó al hacendado, y en sus débiles cálculos los juzgan felices, completamente felices, por la sola razón de ser ricos; y como no los ven en lucha con la naturaleza para arrancarle sus productos, «esos no trabajan» exclaman, y les entra la envidia, y luego se sienten atraídos por el ódio, y después..... quien sabe lo que puede suceder después!

Los que se limitan á trabajar para adquirir y disfrutar después muy santamente de sus ahorros, suelen caer un día en un tremendo desengaño. Ya los tenemos, sino ricos, muy acomodados por lo ménos. Los creéis satisfechos? Pensáis que nada ambicionan ya? Miradles con cuanto afán estudian

su situación para acrecentar su fortuna. ¡Cómo se sacrifican para hacer negocio! ¡Cuántas ideas rebullen en su cabeza para subir algunos peldaños más de la escala que la ambición presenta á su agitado espíritu!

Pensais que los ricos no están libres del trabajo? Pues y su hacienda? Y las atenciones de su familia? Y su misma persona, acaso no reclama un cuidado especial, un trabajo constante y asiduo?

Porque debeis saberlo: el trabajo no es solamente manual, pues con el sentimiento, con la inteligencia, con la voluntad tambien se trabaja. El escritor, el filósofo que encerrado en su gabinete imprime en el papel sus ideas; el médico que estudia el curso de una enfermedad; el sacerdote que á la cabecera de un moribundo le prodiga palabras de consuelo; tantos apóstoles de la verdad y de la ciencia, cuyos pasos nosotros seguimos, no son, no han sido hijos tambien del trabajo, en sus múltiples manifestaciones? Y que mucho si el trabajo es una ley universal á cuya sombra se estiende el bienestar del individuo y de la sociedad?

Guerra á muerte á la holganza, hijos míos, y sea el trabajo vuestro orgullo, vuestra gloria; y aun cubiertos de riquezas y honores, no os aban-

doneis á la inaccion , porque seria el principio de vuestra ruina.

CAPÍTULO X.

Pobres y Ricos.

Al principio de las sociedades , cada uno tenia su choza , su rebaño y su majuelo. Nadie era inmensamente rico ; nadie tampoco sentía los horrores del hambre y de la miseria ; pero como donde hay hombres allí se anidan los vicios , muy pronto lo que uno por indolencia ó descuido veia desaparecer , por astucia ó diligencia otro con aquello se enriquecia. Asomaron despues los primeros rayos de una civilizacion naciente , y al calor de ellos se formaron las primeras desigualdades sociales y que sin los contrastes espantosos que afectan dolorosamente al filósofo y al cristiano , no habría ni industria , ni artes , ni comercio , ni civilizacion

posible. De aquí dimana la cuestion de pobres y ricos, que ha levantado serios, aunque infundados clamores, en esos tiempos de vertiginosa lucha.

Despojar á los que poseen algunos bienes y riquezas para repartirlo á los que nada tienen, seria altamente criminal, á no ser soberanamente absurdo. La propiedad es inviolable, hijos míos: aquello que el mérito, la laboriosidad ó la honradez, á trueque de penosos esfuerzos ha conquistado, ó aquello que por un golpe de fortuna ó por una feliz casualidad se ha adquirido, no puede arrebatarse, só pena de infringir las leyes mas sagradas sobre que descansa la familia y la sociedad. Ese pretendido equilibrio social, cuya idea propalan entendimientos aviesos ó febriles, no podria existir jamás, porque cada hombre forma una entidad diversa, es decir, tiene cada hombre una naturaleza distinta, que hace del todo punto imposible esa especie de igualdad matemática que desean muchos establecer. Buena andaría la justicia en la escuela, por ejemplo, si yo me propusiera distribuir los mismos premios al aplicado que al perezoso, y aplicar un mismo castigo á los obedientes que á los que se separan de su obligacion ¿Y que os parece si en sociedad despues, mientras unos incessantemente trabajan y otros huelgan y se divierten,

al llegar un día determinado, el alcalde ú otra persona análoga repartiese los productos, haciendo partícipes á los vagamundos y perezosos?

Ved, pues, como el hecho de existir pobres y ricos en la sociedad no es tan injusto como parece; y aun tratando de aquellos que han adquirido sus riquezas con usurpacion ó felonía, no es razon para que nos constituyamos nosotros en jueces de las ajenas acciones; que si la justicia de los hombres á veces vacila ó se muestra torpe y complaciente, no os cause pena ni enojo, porque allá en la otra vida, para unos y para otros, ha de mostrarse severa, inflexible la justicia de Dios.

Pero ¡ah! que la sociedad se manifiesta asaz cortesana y servil con el que tiene sus arcas repletas de oro, mientras por otra parte se reserva todo género de humillaciones y de injusticias para el que solo tiene por patrimonio la pobreza. Habla el rico, y como sus palabras caen, como quien dice, desde la cima de un millon, son escuchadas cual si las profiriera un oráculo: habla el pobre, y ni siquiera es atendido; sus frases no encuentran eco, porque salen, tal vez, de una boca que tiene hambre.

Y porque esa vergonzosa diferencia? Por qué ese ultraje á la humanidad doliente? ¿Por qué esa man-

cha impura y negra al Cristianismo? Ah! debeis reconocerlo. Porque hay conciencias que se sienten atraídas por el funesto brillo del oro; porque hay corazones que se arrugan y se achican apenas sienten el peso de algunas monedas; porque hay hombres, en fin, que ponen en venta y á disposicion del mayor postor, lo mas sagrado de la naturaleza humana: la dignidad y el decoro.

Cuidad vosotros de no engrosar en vuestra vida las filas de esos serviles aduladores que cual inmundas culebras se arrastran alrededor de los ricos; que si estos supieran lo dañoso de su serpiterna baba, los arrojarían de su lado con soberano desprecio.

Pero no por eso debeis mostraros hostiles para con los poderosos, mucho mas cuando existen entre ellos almas nobles y generosas, cuyas riquezas les sirven, en mas ó menos escala, para hacer felices á cuantos les rodean. El bienestar de que gozan les inspira á veces un solícito cuidado para procurar él de los demás; y á estos, (que no me atrevo á decir que sea grande su número) les vereis proteger las ciencias y las artes; ir en busca de la necesidad para remediarla, y hasta abandonar las comodidades de su posicion para acometer arriesgadas empresas, que solo tienen por móvil un sentimiento de

patriotismo ó el amor á la humanidad.

Por desgracia existen ricos tambien que se sirven de sus riquezas como de inícuca coraza para herir impunemente sin ser heridos jamás. Estos, aunque cometan los mas insignes desaciertos; aunque lleven á cabo las mayores infamias, las cubren con indigno oropel; atan las lenguas con cordones de oro ; y así los que debieran hablar enmudecen; los que debieran castigar sonrien , porque.... pasmaos, hijos míos: con el dinero se compran , no ya los títulos de nobleza, sino la justicia y hasta la reputacion intachable de hombres de bien.

No importa : apartad vosotros la vista de esas miserias sociales: seguid por la senda que os señala el deber y el honor, y no os preocupe tenazmente la idea de ser ricos, ni sacrifiqueis mucho menos vuestras nobles aspiraciones al cálculo frio y desapiadado que la hidrópica sed de oro provoca ; porque vale mas , mucho mas , comer con apetito un pedazo de pan y algunas frutas en paz y alegría, que tener delante condimentos delicados que no satisfacen.

Por otra parte, es muy difícil averiguar quienes son los hombres realmente ricos y cuales son los verdaderamente pobres ; porque debeis saber que no es él mas rico él que mas extensas heredades

posee ó mas enormes capitales atesore , sino el que se halla acosado por menor número de necesidades; y entre un jornalero que va en busca de un duro que necesita y un magnate que corre en pos de un millon que le hace falta , yo no se cual de los dos es mas rico.

Así fué que interrogado el oráculo de Délfos, por Giges, rey de Lidia, sobre cual era en el mundo el hombre mas rico , dijo ser un tal Aglao , humilde pastor que vivía en un ángulo de la Arcadia , ni envidiado ni envidioso. Y como no se diese por convencido aquel monarca, hizo que le acompañasen al mencionado punto , y se encontró con un feliz mortal, que solo disponia de un pedazo de tierra y un mísero rebaño ; pero tan contento de su suerte, que por lo mismo que nada necesitaba , se creia el hombre mas rico de aquella comarca y del mundo entero.

Come el rico en regalada mesa; pero á la verdad siente á veces hambre del apetito del pobre. Hermosas telas y confortables abrigos cubren su cuerpo; pero quien sabe si puede con ellos calentar su corazon. Hunde sus pies en mullidas alfombras; acuéstase sobre colchones de pluma cubiertos de senderia y de encajes; pero mas facilmente se concilia el sueño en un verde catre, cuando se ha tra-

bajado como Dios manda durante aquel día. Y esto dimana, queridos niños, de que la fuerza de la costumbre y las sucesivas sensaciones llegan á menguar poderosamente la sensibilidad, sobre todo en la vida muella y regalada, que cuenta casi siempre con un enemigo implacable: el hastío.

No penseis tampoco por esto que trate de recomendaros la pobreza, aunque Lucano haya dicho que es la madre de los grandes hombres. Porque ¡cuan desgraciado es el ser pobre! ¡Que de amarguras lleva consigo la miseria! ¡Que cruel desazon, que inesplicable angustia es ver padecer á los seres que uno idolatra! Y la maldad y el crimen, no se alimentan tambien en los pechos lacios y extenuados de la miseria...? Rehusó, hijos míos, continuar sobre este punto, por altas razones de educación. No quiero que vuestra imaginación penetre todavía en esos antros oscuros, en donde pelagra muchas veces la delicadeza del mas consumado filósofo. Con los sublimes preceptos de educación cristiana alcanzareis una virtud que debe ser la compañera inseparable del desgraciado. Me refiero á la resignación, que no es como muchos prentenden hermana del abatimiento, sino antídoto de la desesperación.

En suma comprendereis que las riquezas cons-

tituyen un poder casi omnímmodo del que no debe abusarse nunca ; que las comodidades del rico no son tan halagüeñas como á simple vista parece , y que cuando la pobreza no se halla envuelta de la miseria , sepultada en la abyeccion y oprimida por el hambre, aunque constituya una situacion precaria, siendo el pobre honrado y bueno , no hay razon para maldecir de la suerte y entregarse á actos de vergonzosa desesperacion.

CAPÍTULO XI.

Igualdad y Justicia.

Desaparecieron odiosas leyes que establecian privilegios y libertades para unas clases; opresion, vejámenes y humillaciones para otras. El hombre, empero , volvió por su dignidad atropellada , y la recobró tras heróicas luchas y sacrificios.

Se restableció la igualdad ; pero no esa igualdad niveladora que á manera de rasero hace desapare-

cer las prominencias y alturas hasta llegar á una superficie absolutamente plana ; pues esto sería la mas insigne monstruosidad.

Ahí teneis la naturaleza: observadla , y en todas partes descubrireis desigualdades, diferencias, faltas de simetría. Aquí montañas que se levantan; allá profundidades que se hundenden ; por una parte bosques inaccesibles ; por otra llanuras y valles deliciosos ; aves de diversa especie que surcan los aires ; reptiles de diferentes tamaños que se arrastran por el suelo ; plantas que contienen la esencia de la vida ; yerbas cuyas sustancias encierran la muerte : y si esto no fuera suficiente para demostrar el vasto conjunto de desigualdades que se destacan en el Universo , contemplad el mas perfecto de los seres creados , el hombre , y decidme si seriais vosotros capaces de presentarme dos individuos de la especie humana completamente iguales en virtud, en talento, en vigor y en belleza.

Necesito hablaros de la igualdad de derechos para precaveros contra ciertas ideas erróneas que se propalan , y que á ser adoptadas causarían irremisiblemente la desorganizacion del cuerpo social. La palabra *derecho* significa muchas cosas, pero la definiremos ahora con estas palabras. *Derecho: la libertad de accion hasta donde alcanzan las leyes.* El

hombre tiene derechos, porque es libre; porque puede elevarse por medio de su razón hasta la idea de lo justo y de lo infinito; porque si solo obedeciese fatalmente, como los seres inanimados, las leyes de su naturaleza, y como los irracionales las sollicitaciones de su instinto, no podría ser en manera alguna responsable de sus acciones.

El hombre es así mismo inteligente y moral: tiene un pensamiento que refleja imágenes y una conciencia que recibe el peso de sus acciones. Piensa el sabio y tiene derecho á manifestar sus ideas; piensa el hombre del pueblo, piensa el niño y tiene derecho á manifestar lo que piensa, mientras las ideas de los unos y de los otros no ofendan á la moral pública y al decoro. Gasta el rico su fortuna para cooperar á una empresa ó para hartarse de placeres; consume el pobre sus fuerzas por una causa cualquiera, porque suyas son y nadie tiene derecho á usar de las unas ni de las otras sin consentimiento de sus respectivos dueños. Alcanza un general valiente una victoria contra los enemigos de su patria; contribuye el pobre soldado al éxito feliz de la jornada, y ámbos tienen derecho á una recompensa.

Hasta aquí, como en muchas cosas, la igualdad de derechos se manifiesta absoluta. Pero ved que

ni el niño ni el hombre del pueblo pueden exigir que se les atienda lo mismo que al sabio ; ved que el hombre de escasa fortuna no puede pretender gastar al igual del rico acaudalado; ved, por último, que el pobre soldado, aunque haya expuesto su pecho al furor de las balas enemigas, no puede aspirar á la misma recompensa que el general que ha decidido el éxito de la victoria.

La sociedad, además; ha creado en su seno una multitud de jerarquias , una porcion de clases de un órden social mas ó menos elevado , indispensables para la marcha uniforme de los acontecimientos y la realizacion de los fines del individuo y la humanidad. Todas esas jerarquias, todas esas clases estan sometidas á unas mismas leyes ; pero sus derechos no son ni pueden igualarse. Como maestro, yo ejerzo autoridad sobre vosotros; puedo obligaros á la obediencia y al estudio; vosotros ni nadie puede usurparme este derecho. Vuestros padres ejercen sobre vosotros derechos incontestables ; el marido ejerce derechos sobre la mujer ; el gobernante , sobre el gobernado; el amo, sobre el criado; el que dirige una empresa , sobre los encargados de ejecutarla. Pero esos derechos son limitados , y el abuso de ellos podría conducir á las mayores iniquidades.

Solo ante la justicia los hombres deben ser iguales; y sería un absurdo que en presencia del juez, el sabio, por ejemplo, alegara el pretexto de su ciencia para evadirse del castigo; el poderoso se abrigara con su valimiento; el reputado artesano con su habilidad; y si esto sucede alguna vez, hijos míos; si los encargados de hacer cumplir las leyes se amedrentan con una amenaza ó se venden por un puñado de oro, la justicia entónces debe vestirse de luto, porque entónces la han mancillado por medio de una accion inicua y vergonzosa.

Pero la justicia significa para todos los hombres una misma cosa? Es acaso una misma virtud aceptada en todas las esferas sociales y reconocida unanimamente por todos los pueblos? Un dia, como os he dicho anteriormente, abrireis el gran libro de la historia, y os sorprenderá dolorosamente leer que en nombre de la justicia se han llevado á cabo empresas fraudulentas; se han sostenido controversias absurdas; se han fomentado guerras espantosas. En nombre de la justicia el hermano ha despojado de sus bienes al hermano; el conquistador ha penetrado á sangre y fuego en los agenos dominios, y el fuerte ha reducido á los débiles al mas inhumano cautiverio. En nombre de la justicia se han arrasado ciudades populosas, se han inmolido vícti-

mas inocentes, se ha sembrado de luto y consternacion la superficie de la tierra.

En donde la hallaremos pues? Duéleme profundamente no podéros la señalar revestida de sus verdaderos atributos en parte alguna en donde se halle connaturalizada, por decirlo así, porque las obras de los hombres, hijos míos, llevan todas ellas el sello de la imperfeccion humana. Dios solamente es la justicia suprema, y en el Cielo es donde mora con toda su pureza.

Dar á cada uno lo que le pertenezca; he aquí una de las fórmulas mejor adaptadas á la justicia; he aquí como debe entenderse la verdadera igualdad. Si un hombre cometiera una falta ó un delito cualquiera, no debe considerarse tan solo la gravedad ó magnitud de la accion cometida, sino las circunstancias mas ó ménos agravantes que han inducido á cometerla. Al contrario, si una criatura que vive en el aislamiento ó en la tranquila soledad de un claustro, no comete ninguna maldad, en justicia, ni para Dios ni para el mundo, puede tener el mismo mérito que la que lucha contra todas las tentaciones del mundo y sale siempre victoriosa en cada rudo combate que sostiene. El hombre ilustrado que á sabiendas falta á sus deberes, en justicia tambien es mucho mas culpable que el ignorante

que incurre en un delito , muchas veces sin sospecharlo siquiera.

Resumamos : la igualdad absoluta es una verdadera utópia , por la sencilla razon de que lo que Dios ha hecho diferente el hombre en manera alguna puede asemejarlo. Dios en su sublime sabiduría creó las desigualdades naturales, sin las cuales el mundo no existiría ; los hombres guiados por la fuerza de su razon, cuando no por la de sus pasiones, han establecido las desigualdades sociales , y solo de este modo la sociedad puede funcionar. La justicia debe decidir lo que pertenece á uno y lo que pertenece á otro; pero la justicia razonable y equitativa; la justicia que se detiene ante las consideraciones debidas y rechaza los indignos sobornos, las vergonzosas coacciones, las infames violencias que atropellan esa sublime virtud, que tanto embellece la doctrina que selló con su sangre el Redentor del género humano.

CAPÍTULO XII.

—

El corazón y la cabeza.



El uno siente, la otra piensa: del corazón pueden tomar su origen los más nobles impulsos; en la cabeza pueden germinar los más elevados pensamientos; el primero puede también inducirnos á los más graves errores; aquella sumergirnos en los más funestos extravíos.

Pensar bien, sentir con razón: he aquí el más alto fin hácia donde debeis dirigir vuestros actos: he aquí la principal norma de vuestra conducta. Como manantial purísimo de inagotables dones, se abre ante vuestros ojos la sublime moral del Evangelio; sus palabras, sus preceptos, su doctrina admirable os proporcionará aquellos conocimientos necesarios que deberán formar en vosotros un entendimiento claro é ilustrado y un corazón noble, sosegado y contento.

Las pasiones, esos misteriosos y sorprendentes

movimientos del ánimo , instrumentos principales de nuestras acciones , estímulos sagrados unas veces, pérfidos consejeros en otras; las pasiones ejercen un influjo poderosísimo en nuestra conducta. Ellas pueden conducirnos al mas alto grado de nuestra perfeccion ; ellas tambien bastarian para precipitarnos al fondo de la mas horrible desventura.

Pero que sería del hombre sin esos ocultos resortes que agitan el espíritu y le sacuden con fuerza para que se dilate y funcione? Un ser impasible y frio, tan incapaz para el bien como para el mal; un agente aletargado é inmóvil, sin voluntad decisiva , sin conciencia propia , inverosímil , callado, inerte. Mas ¡ay! que si las pasiones se sobreponen al juicio; si el hombre ensordece á la voz del deber, y cierra sus ojos á la luz de la verdad, y no invoca el auxilio de la Religion, y se entrega desarmado, vencido á los ciegos impulsos de las pasiones , que con violencia le arrastran , entónces el fragor de la lucha apaga los gritos de la conciencia ; los sentidos se exaltan, la voluntad se enerva, y el hombre, débil arista á merced de borrasca desencadenada, rueda por la rápida pendiente del vicio , y aunque vuelva la vista atrás, no se detiene por eso; el descenso es cómodo , la subida dificil y escabrosa , y

continua bajando hasta que al fin se hunde ¡incauto! en los charcos pantanosos de la mas infame corrupcion.

Las pasiones suelen cubrirse con la máscara de la hipocresía; se muestran al principio dulces, suaves, inofensivas; toman á veces la capa de *sentimientos* y halagan el corazon como el aura de los campos acaricia las flores. Andad precavidos, hijos míos, contra ese género de emociones que experimentaréis muy á menudo en la vida, porque la suavidad que derraman empieza por infiltrarse en el ánimo, turba el juicio y derrama la oscuridad en el espíritu. La pasion del juego, por ejemplo, empieza por diversion halagüeña, distrae primero, despues deleita y luego absorve la razon y conduce al delirio cuando no al crimen. La concupiscencia presenta algunos efímeros deleites que seducen, semi veladas perpectivas que embriagan; pero la llama de todo amor impuro quema la sangre, inoculando en ella un virus ponzoñoso que deseca y hace desprender del corazon las mas puras afecciones, como los rudos vientos de otoño marchitan y arrancan de los árboles las amarillentas hojas.

Ni el Océano con sus intervalos de tranquilidad y tormenta, con sus horas de apasible calma y deshecho oleage; ni la admósfera serena y trasparente

un día, sombría y terrible en otro, ofrece las mudanzas, retrata los afectos del corazón humano. En él se agitan esos encontrados sentimientos que se manifiestan muchas veces en el rostro por no poder estar contenidos en el pecho. Unas veces la esperanza choca con la desesperación, la generosidad con la codicia, el entusiasmo con el desprecio, los sentimientos elevados con los deseos innobles, los proyectos grandiosos con las miras groseras.

Pero es el hombre acaso juguete de esa borrasca que se levanta en el seno del corazón? Su voluntad se halla sobornada á sus deseos? Obedece fatalmente á las veleidades de su naturaleza? No, hijos míos: no somos como el frágil leño que arrojado á las aguas de un río es impulsado por su impetuosa corriente. El hombre es algo más, mucho más, porque es libre de escoger entre el bien y el mal, y esa misma libertad constituye su mayor grandeza. No hay fuerza que pueda sobreponerse á nuestra voluntad: no hay magia que sea para nosotros invencible.

Pero á veces esa misma voluntad, esa potencia soberana que Dios colocó á la cúspide de nuestro ser cual fortaleza inespugnable, cede ante las persistentes sugerencias del mal, ó desmaya ante muchos obstáculos que la imaginación abulta, y en-

tónces penetra el desaliento en el alma ; entónces el hombre lo mismo puede dejarse llevar por las insinuantes tentaciones del vicio, que retroceder ante las dificultades de una noble empresa.

No quiero que seais tampoco ni indiferentes ni insensibles. La indiferencia es para el alma lo que un narcótico para el cuerpo. Este le imposibilita para recibir todo género de impresiones; aquella le cierra la puerta á todo género de sentimientos. Un hombre, por ejemplo, puede ser engañado por una mujer, y en su amargura se manifiesta indiferente al amor. Puede ser burlado por un amigo, y en medio de su desazon germina en su pecho la indiferencia por la amistad. No halla en ciertas agrupaciones sociales lo que desea, y reniega de la sociedad, y busca un abrigo en el desierto de su corazon; y como en el aislamiento no encuentre las satisfacciones que anhela, se encierra en la concha del egoismo y se hace insensible á cuanto le rodea.

Y conocéis vosotros las fatales consecuencias del egoismo? Comprendeis todo lo que encierra de inhumano aquella frase : «todo para mi; nada para los otros?» Que aquí los hombres se despedacen como fieras; que allá se lamenten de dolorosos infortunios; que en una parte se ofrezcan cuadros desgarradores de horrible miseria; que en otra se per-

ciban ahogados gemidos de indescifrable angustia, el egoísta de nada se conmueve, á nadie compadece, y tal vez en aquellos momentos calcula un negocio, medita un proyecto especulativo ó piensa únicamente á donde irá á pasar la hora que le falta para sentarse en la mesa.

Compadeceos de las desgracias de vuestros semejantes, no sin procurarles despues un alivio. Pero la sensibilidad, ese don precioso del alma humana, esa apreciable cualidad que nos impulsa á las mas bellas acciones, necesita el auxilio de la razon cuando no el freno del buen juicio; porque de otra manera podría emplearse en pequenezes de ella indignas, conduciendo á considerables extravios que hinchan el corazon sin llenarlo y ocasionan tormentos continuados al que la sufre.

Por esto la fortaleza se hace necesaria en todas las ocasiones de la vida; ella dá valor al ánimo y le dota de varonil energía. Esos espíritus débiles que á las lágrimas contestan con lágrimas y á los gemidos con gemidos; esos hombres amilados á quienes el menor contratiempo los descorazona y abate, no pueden jamás vivir sosegados y tranquilos. Importa, queridos niños, armarse de un prudente valor para hacer frente á las contrariedades de la vida y para vencer la funesta propension que mu-

chos sienten en divisar peligros y fantasmas por dó quiera , y que solo existen en su calenturienta imaginacion. Y al hablaros del valor no me refiero tan solamente á esa animosidad ardiente que acompaña al guerrero en los campos de batalla , ó á la pasmosa intrepidez que anima al que se precipita en medio de un incéndio para salvar á las desgraciadas víctimas que reclaman ser socorridas ; que si dignos de elogio son estos y semejantes actos, de otros y muy distintos males podemos vernos cercados, que amenazan nuestra existencia ó ponen en grave peligro nuestra situacion.

Nos arrebatá, por ejemplo, la muerte una persona querida ; vemos un dia abrirse de repente los abismos de la miseria ; presentimos por una causa cualquiera el descrédito de nuestra acrisolada reputacion ; y las ideas que tales desgracias despertan fraguan una tempestad bajo el cráneo ; húndese la cabeza como no pudiendo soportar el peso que la agobia ; hínchense las venas y casi quiere salirse del pecho el corazon.

Que hacer entónces? Apelar al suicidio es un crimen espantoso, que tras de ofender á Dios ocasiona la desgracia de los seres que nos rodean. Cruzarse de brazos en la inaccion , permaneciendo insensibles, sería el colmo de la crueldad para con

nosotros mismos. Que hacer? Pedir fuerzas á la voluntad y sobreponernos al infortunio por medio de un denodado valor moral; resistir el oleaje de la suerte con todos los esfuerzos de un espíritu varonil; seguir contra el viento y á pesar del viento de tanta borrasca, imitando los ejemplos de heroismo que cada dia se reproducen en los anales de la humanidad.

CAPÍTULO XIII.

(CONTINUACION.)

La facultad de pensar tiene su residencia en el cerebro, pero no creais que sea una propiedad suya. Observar detenidamente las cosas, analizar sus propiedades, conocer sus efectos y hablar tan solo de aquello que bien se comprende; tales deben ser las principales circunstancias que deben acompañar al buen pensador.

Para no adquirir un conocimiento superficial de las cosas el primer acto de nuestra inteligencia para pensar con acierto y deducir con claridad y pre-

cision, es atender profundamente sin detenernos en las apariencias, que las mas veces resultan engañosas. La atencion, como dice un moderno es el ojo del espíritu: por ella apreciamos las cualidades de los objetos, analizamos sus formas, conocemos sus propiedades, y cuando no dejenera en ensimismamiento ó en demasiada fijeza, atesoramos por su medio gran caudal de luces y de conocimientos.

Los objetos corpóreos, obrando sobre el órgano de los sentidos, producen una impresion en nuestra alma. Pues bien, ¿podemos de repente, sin exámen ni reflexion formar un juicio sin exponernos á que sea erróneo ó cuando ménos inexacto? Cuantas veces tenemos que modificar nuestras aserciones por habernos engañado lastimosamente! y cuantas se empeña el hombre en afirmar con seguridad lo que ha visto y oido, deduciendo consecuencias que se hallan muy lejos de ser verdaderas!

Sucedede á menudo que discutimos sobre una doctrina ó un objeto cualquiera, hallándose el ánimo bajo la influencia relativa de este ó de aquella. En semejante situacion, como nos podemos asegurar de la certeza de nuestros juicios? Como no parecer vanos? Decid á una madre que su hijo abriga mal corazon; que sus actos son un tejido de maldades, y la pondreis airada y convulsa, y aunque no ten-

ga pizca de razon para defender á su hijo , las halla sin duda, porque siempre halla razones una madre para disculpar el fruto de sus entrañas. Decidle á uno de esos ciegos partidarios de un sistema político cualquiera, que su partido entraña una doctrina odiosa; que los actos de sus prohombres adolecen de egoismo y tiranía; que su gobierno es abusivo y despótico , y le vereis como se irrita y exalta, como contradice y arguye; y todo porque la passion política le presenta las cosas bajo un aspecto diferente de lo que son en realidad; porque su opinion se halla sometida á un afecto bueno ó malo que siente; porque su ánimo se halla agitado y juzga sin previo exámen ni reflexion.

Por el contrario, se trata de una persona á quien odiamos? todas las faltas que se le atribuyen son pocas ; todas las desgracias que le vienen encima no son suficientes á satisfacer nuestros deseos de ruin complacencia. ¡Que agradable fruicion experimentamos cuando la adversidad le persigue! ¡Que visible malestar cuando al fin la suerte de él se apiada! Ah! líbreos Dios de ese funesto influjo del corazon. ¡El odio! ¡la venganza! ¡la bárbara complacencia de la desgracia agena! Desterrad, hijos míos, tan perniciosos afectos de vuestro seno , porque tanta crueldad, tanta dureza es digna mas de

fieras que de hombres. Y si alguno os ofende y os maltrata, no digo que no tomeis, por vuestro propio honor, la natural defensa; pero léjos de gozaros con el abatimiento y los dolores de vuestro ofensor, invocad vuestros nobles sentimientos, perdonad la injuria, y si posible fuera, pasados los primeros momentos, triunfad de él á fuerza de generosidad, y el rubor encenderá sus mejillas, y su corazón sentirá el frío del remordimiento y en su propia vergüenza confesará su derrota y confusion.

A la formacion de nuestros juicios contribuye, como potencia creadora, la imaginacion que sacando, por decirlo así, sus materiales de la memoria, forja á su placer las imágenes, las viste, las engalana y las imprime movimiento vida al calor del sentimiento.

Es esta una facultad preciosa, queridos niños, porque saliendo del estrecho círculo de las ideas que representan los objetos sensibles, abre nuevos horizontes henchidos de encanto y belleza; horizontes en que el alma se dilata y esplaya, en que el sentimiento se eleva y vigoriza, en que el hombre halla los mas puros goces de su espíritu.

Cultivadla, pero no la dejéis á su antojo volar libremente, ni mucho ménos os dejéis conducir por ella á traves de las aéreas visiones que se crea, por-

que podríais muy bien, tras de ir en pos de absurdos y quimeras, perder de vista las realidades de la vida, yendo palpando sombras en el vacío.

¡Y á cuan funestos extravíos puede conducir una imaginacion exaltada! ¡Que tormentos acarrea una de esas imaginaciones que todo lo abulta! Supongamos por un momento que se trata de emprender un viaje para el cual se ha de atravesar el mar. El hombre dominado por una exaltada imaginacion ve de repente las olas que á manera de flotantes montañas se le acercan y amenazan tragarse el frágil leño que lo conduce; percibe el espantoso ruido que producen las ráfagas al azotar las velas; siente el crugido de las antenas y de los mástiles; y mucho antes de poner los pies en las tablas del buque, el miedo y la zozobra toman por asalto su corazon.

¿Y porqué esas ideas desprovistas de buen sentido? ¿Acaso no viajan por mar todos los dias infinidad de personas; sin que les suceda percance de ninguna especie? Cuanto mas valiera que él que se siente víctima de esas exaltaciones llamara en su auxilio á la razon, que debe ser la guia del hombre, la reina de su entendimiento y la norma de todo juicio.

No vacileis: la razon y el buen sentido deben reflejarse en todos vuestros actos: con esas preciosas

facultades preparareis vuestro espíritu para recibir dignamente la impresion de los objetos sensibles, sin dejaros alucinar por vanas apariencias; y entonces, amestrados, fortalecidos, no rechazéis el impulso de vuestra imaginacion, porque llevando por contrapeso la sana lógica que aquellas os han de proporcionar, os apartareis muchas veces de la materia tosca y grosera, sin ser por ello ni fantásticos ni visionarios.

CAPÍTULO XIV.

Un cuerpo sano.

Es de suyo tan importante la salud que se la considera como el principal elemento de nuestro bienestar. Las riquezas, la gloria, los honores, todo lo que mas ansía el corazón del hombre, son posesiones vanas si el cuerpo padece una de esas enfermedades que entrañan vivos sufrimientos, bajo cuyo peso el espíritu se siente apesadumbrado y aba-

tido, por la íntima relacion que existe entre el espíritu y el cuerpo.

Los antiguos sentian una predileccion tan extrema por la robustez y la salud, que su principal móvil consistía en proporcionar á la familia hombres sanos y á la patria ciudadanos fuertes y robustos. Los pueblos de la antigua Grecia y Roma tenian sus circos y sus gimnásios en donde se verificaban ardorosas luchas (lo mismo que en los pórticos y en las plazas ejercitaban su talento y su elocuencia los oradores y filósofos) y en aquellos sitios y en las escursiones campestres se robustecian aquellos hombres, siendo tal el impulso que manifestaban por los ejercicios corporales, especialmente los espartanos, que de ellos se dice, que sazonzaban su sóbria comida *corriendo arriba y abajo por las orillas del Eurotas*.

Yo no pretendo que imiteis en su conjunto las costumbres de aquellos pueblos; porque en su totalidad vivian exclusivamente para la guerra, y todo su afan se hallaba concentrado en ensanchar la esfera de sus dominios y arrollar á los enemigos ejércitos para someterlos al oneroso yugo de los esclavos.

Nosotros, empero, principalmente los que vivimos en el seno de una poblacion, mas aun los que

se dedican á oficios ó profesiones en que los músculos apenas se ponen en ejercicio, debemos atender á esa importante medida, ora dedicando un rato todos los dias á la gimnasia, ora verificando algunas salidas campestres en donde el aire se halla exento de miasmas y el ánimo se esparce y se deleita en medio de una vegetacion espléndida y de un hermoso y dilatado horizonte.

El aire, he dicho, y en verdad que no debo pasar por alto algunas consideraciones que sugiere ese necesario elemento. Todos los seres vivientes necesitan, para su existencia, estar en contacto con el aire admosférico, principalmente el hombre y los demás animales para su respiracion. La sangre, tomando una parte del *oxígeno*, se purifica, verificándose la que se llama *transpiracion pulmonar*.

Varias son las causas que contribuyen á alterar la pureza del aire, pero entre ellas se mencionan como principales *la respiracion y transpiracion animal*, las cuales disminuyen notablemente la cantidad de *oxígeno* en una admósfera limitada; por esta razon no debeis permanecer mucho tiempo en un lugar reducido en donde hubiere reunidos muchos animales ó personas. La *combustion* ó sea el efecto de quemarse una cosa, verificándose tambien á expensas del *oxígeno* y emanando de ella gran

cantidad de *ácido carbónico*, cuando es activa ocasiona dolores de cabeza y despues la asfixia por falta de aire respirable. La *vegetacion* que contribuye á hacer saludable y pura la admósfera durante el dia , se hace perjudicial durante la noche , sobre todo dormir en una habitacion en la que se hallen depositadas plantas y macetas de flores. La *putrefaccion*, comprediendo el estado de descomposicion de los animales , el hedor que exhalan las letrinas y otros lugares fetidos, las aguas cenagosas etc. vician el aire, queridos niños, en términos que el respirar los gases que de esas cosas se desprende, durante algun tiempo, podrian acarrearos enfermedades pulmonares, vómitos, y aun la muerte.

Como otros de los elementos importantes para la conservacion de la salud, ocupan un lugar principalísimo la *luz* y el *calor*, cuando no se hallan difundidos con esceso. Los seres en la oscuridad, lo mismo animales que vegetales, adquieren un color pálido, una organizacion débil, una existencia enfermiza y un desarrollo incompleto.

Para sustituir la luz del sol, cuando este se encamina á difundirla en otros horizontes, se han inventado las bujias, los mecheros y una porcion de aparatos que conteniendo gas, aceite ú otras sustancias, comunican una luz muy débil comparada

con el admirable foco de donde dimana la luz solar. No entra en mi propósito condenar las luces artificiales, porque sin ellas, en esas largas veladas de invierno, dejarían de producirse muy útiles objetos. Pero las noches, hijos míos, no se crearon para lo que las destinan muchos hombres, que sin necesidad ni cordura parece que intentan contrariar las leyes de la naturaleza, no queriéndose persuadir de que luz del día es la mas buena, la mas sana y la mas económica. El calor es necesario, sobretudo para la circulación de la sangre, pero su exceso podría seros en extremo nocivo para los órganos, además de dificultar al ánimo sus funciones.

Por esto debemos cuidar que en nuestras habitaciones además de la luz necesaria reine, principalmente en los días calurosos, una moderada ventilación. Que la casa en donde pasáis la mayor parte del día y toda la noche, esto es vuestro domicilio, reúna no solo cualidades agradables sino también condiciones higiénicas. Si posible fuera, que su posición sea algo elevada del nivel del suelo; que sus departamentos sean espaciosos y secos; que la limpieza constituya su principal adorno; y que sus muebles se hallen colocados con orden y buen gusto, porque solo de esta manera se hace agradable y salutífera su permanencia.

nencia en ella.

Entran en el objeto de este capítulo tambien los *vestidos*, y de ellos voy á hablaros, aunque muy ligeramente. Háse desarrollado en nuestros dias una pasion tan exaltada para vestir con lujo y ostentacion que léjos de atenderse á la importancia higiénica de los vestidos, se atiende casi exclusivamente á deslumbrar por medio del boato y del fausto. No me opondré á que cada uno de vosotros vista con la debida decencia y con aquel decoro y elegancia proporcionada á sus recursos; pero concentrar todo el afan en aparecer ricamente ataviados; adornarse de aquellos vanos adornos, ridículos engendros de la vanidad y de la afeminacion, demuestran gran pequeñez de inteligencia y escasa elevacion de sentimiento.

Los *vestidos* deben ser acomodados á la estacion, cómodos y sencillos, sin perjuicio empero de vestir con aquella noble compostura, en todas ocasiones, y con aquella etiqueta grave, segun los casos, que en nada menguan la energia varonil, que en nada desdican del llamado *buen tono*, y que en nuestra época de *brillantes apariencias* tanto predisponen á granjearnos el favor de muchos.

Pero nada mas repugnante que un hombre abandonado por el aseo de su persona y de sus vestidos,

aun bajo el punto de vista moral, porque casi siempre sucede que la limpieza exterior es prueba de la pureza de sentimientos. El *aseo* conserva la frescura del *cúti*s, la elasticidad de la piel, la fácil circulación de la sangre, y proporciona una actividad incansable á los *órganos* del cuerpo y de la inteligencia. La suciedad engendra la pereza, dificulta la transpiración y puede ser origen de graves enfermedades ¿Que importa que nuestros vestidos estén muy usados y sean de la tela mas grosera, si llevais por adorno una estremada limpieza? Lavaos bien con agua siempre, ya que este elemento se halla al alcance de los mas pobres; pero no concreteis vuestra limpieza á lavaros continuamente el cuerpo y á llevar aseados vuestros vestidos, sino que debéis hacerla extensiva á todos los objetos que os rodean.

Por lo que toca á los *alimentos* y *bebidas*, no me extenderé en explicaros particularmente la naturaleza y efectos de los artículos que solo puede abarcar un tratado de higiene; pero os haré observar que no son los alimentos mas esquisitos los que mas satisfacen ni mejor constituyan un buen régimen alimenticio, y que si una miserable y nada nutritiva comida puede engendrar una salud raquítica, un estómago muy cargado puede en cier-

tos casos ocasionar la muerte.

Sobriedad, mucha sobriedad en las comidas; moderacion, gran moderacion en los licores y todo género de bebidas espirituosas. La falta de templanza en lo primero puede producir grandes males; un fatal abandono en lo segundo... ah! un hombre embriagado es una *bestia* ó cuando mas un hombre en el último estado de su degradacion. El mejor remedio para prevenirnó contra la embriaguez es contemplar á un borracho.

La salsa mas estimulante es el *buen apetito*; sin este requisito no hay manjar sabroso, por rico que sea. De otro modo, que ventajas les llevarian los pobres á los ricos? Casi estoy seguro que muy pocos de aquellos mueren de indigestion. Influyen en la clase de alimentos que conviene á cada individuo, la edad, el sexo, el temperamento, el clima y la profesion; siendo la observacion diaria la mejor regla que puede guiarnos, si bien hay un precepto aplicable á todos los individuos de todas las clases: *luego de haber comido no emprendas ningun trabajo, mucho menos intelectual.*

Hay una necesidad en la vida, tan imperiosa como el hambre y la sed, y de la que debo haceros particular mencion: me refiero al *sueño*. Apénas habrá persona que no haya sentido alguna vez las

incomodidades de una forzosa *vigilia*, y es que el sueño obra como reparador de nuestras fuerzas, de nuestra actividad, de nuestro vigor, y privarnos de él sería acarrearlos un horrible martirio. Pero esto no quiere decir, amados niños, que pueda hacerse de él un uso inmoderado, ni que puedan fijarse las horas que cada uno necesita de descanso, porque este se halla también en razón de la edad y condiciones particulares de cada individuo; advirtiéndole de paso que es muy higiénico el madrugar ó sea levantarnos cuando amanece, porque en aquellas horas el aire es más puro y el cuerpo se siente más ágil y mejor dispuesto.

El *desorden* y la *intemperancia* producen en todas las ocasiones de la vida resultados de suyo tan funestos que hasta las naturalezas más privilegiadas y robustas caen en una visible postración. ¡Cuántos jóvenes que constituían el encanto de sus familias, la más risueña esperanza de su patria, malversan su inteligencia y sus fuerzas encenegados en los actos de un libertinaje impuro! Y después, aquellas fuerzas perdidas difícilmente pueden recobrase; aquella esbeltez y frescura lozana tarde ó nunca se recupera; aquella sencillez y pureza primitiva es imposible que vuelva á halagar el espíritu. Desechad el abuso de todas las cosas, hijos

mios, y no creais que esto os impida la expansion del ánimo, antes bien las diversiones cuando más honestas, ménos cansan, más regocijan y muchos mejores resultados producen.

CAPÍTULO XV.

El hombre de bien.

No basta, hijos míos, abstenernos de obrar mal: es necesario practicar el bien, y practicarlo sin condiciones de ningún género. Andan por el mundo muchos hombres siempre con el *honor* á cuestas, como quien dice; pero en no habiéndolo publicidad, en quitándose de en medio *el que dirán*, sus sentimientos dejeneran y sus virtudes se acaban.

El verdadero *hombre de bien* debe serlo ante los hombres y ante Dios; cuando sus actos se pregonan y cuando no salen de la oscuridad del silencio; cuando se halla en presencia de su propio honor, y cuando solo tiene por testimonio á su conciencia.

Amad á vuestros semejantes; no seais crueles sino compasivos, hasta con los animales. Porque, hay cosa mas indigna que maltratar á un ser indefenso y debil? ¿Hay cosa mas noble que salir en defen-

sa de los desgraciados y de aquellos que no pueden defenderse?

No seais orgullosos, porque el *orgullo* hace á los hombres odiosos; la *vanidad* los hace ridículos. El orgullo engendra la desobediencia, la indocilidad y ¡ay del hombre que intenta sobreponerse á todo y no sujetarse á nada! ¡Cuan amargos desengaños no tendrá despues que deplorar.

¡*La humildad!* ¡*la modestia!* que virtudes tan nobles, amados niños. Examinaos imparcialmente y con frecuencia, no para alabar vuestros méritos, sino para vituperar vuestras debilidades, y sacareis de este exámen sentimientos de humildad para vosotros y de indulgencia para los demás.

Pero cuidado que la humildad no dejere en *servilismo*. No os arrastreis cual inmundas culebras: el hombre no debe transijir jamás con la menor bajeza.

Los hombres serviles se convierten en aduladores, y la *adulacion* es un tejido de mentiras, urdidas con la mas refinada hipocresía.

La *verdad* debe ser siempre vuestro norte; la *sinceridad* vuestro guía; la *mentira* debeis rechazarla, porque hasta cuando no es maliciosa es repugnante.

No habéis jamás de aquello que no os importa.

Las espadas de los antiguos caballeros llevaban grabado un lema que decía: *no me saques sin razon*. De la misma manera podríamos decir de la lengua: *no hables sin motivo*.

La *chismografía* que consiste en hablar de todo sin consideraciones á nada, demuestra una cabeza desalquilada y vacía. Los gárrulos sempiternos constituyen una plaga social. Ellos forman, dice un escritor de nuestros días, *un torrente de palabras en un desierto de ideas*.

No hay que hablaros de la *murmuración* ni de la *calumnia*. No hay infamia mayor que el objeto que se propone un miserable encastillado en la impunidad, hiriendo y destrozando las reputaciones ajenas. Una herida grave se cura; la mala fama jamás se quita de encima.

Si os sentis airados deponed vuestra *ira*, de lo contrario huirá de vosotros la razón y se os perturbará el juicio. Entónces os hallaríais expuestos á cometer mil barbaridades, no patentizando por ello un verdadero *valor*, pues esta virtud se demuestra solo con una firme entereza de ánimo y una gran dosis de sangre fría.

No juzgueis las faltas de vuestro prójimo con *severidad*. La *indulgencia* debe acompañaros siempre, porque nada es tan impropio de una alma cris-

tiana como esa cruel *intolerancia* que no puede consentir que los demás obren ó piensen de una manera contraria á nuestros deseos.

Prodigad *consuelo* al desgraciado y si posible fuera remediad su desgracia, no confundiendo en ello la *caridad* con la *limosna*, porque aquella no espera á que tiendáⁿ la mano. La caridad es toda amor: por eso constituye la principal virtud.

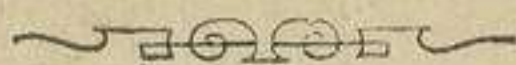
Por último, el verdadero hombre de bien no debe hacer nada en secreto de que pudiera avergonzarse en público, pensando siempre que la mirada de Dios penetra por todas partes.

Seguid, hijos míos, por el camino que os acabo de trazar y no vacileis, porque á la menor indecision podriais percibir el seductor reclamo de las pasiones, y entónces atraídos, fascinados, caeriais irremisiblemente en las redes donde tantos incautos encuentran la muerte de su débil virtud. No dejéis de ser buenos por miedo á la moña de los malvados, ni os importen sus alabanzas ni sus desprecios. Fijos los ojos en lo alto de los Cielos, superad los escollos de la tierra, porque vuestra patria está allí, y poco os importe ceñir en este mundo la corona del martirio si habeis de empuñar en el otro la palma del triunfo.

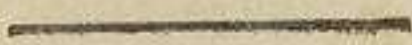
FIN.

INDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE ESTE TRATADO.



	<u>Páginas.</u>
<i>A mi Hijo.</i>	3.
<i>A mis Discípulos.</i>	5.
<i>La Felicidad.</i>	7.
<i>Dios</i>	10.
<i>El Alma</i>	15.
<i>La Religion.</i>	18.
<i>La Sociedad.</i>	23.
<i>La Pátria.</i>	31.
<i>La Familia</i>	36.
<i>La Escuela</i>	43.
<i>El Trabajo</i>	51.
<i>Ricos y Pobres.</i>	58.
<i>Igualdad y Justicia.</i>	65.
<i>El Corazon y la Cabeza.</i>	72.
<i>Un Cuerpo sano</i>	84.
<i>El Hombre de bien.</i>	93.







SM

107

107